

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, passage Saunier, núm. 4, en París.

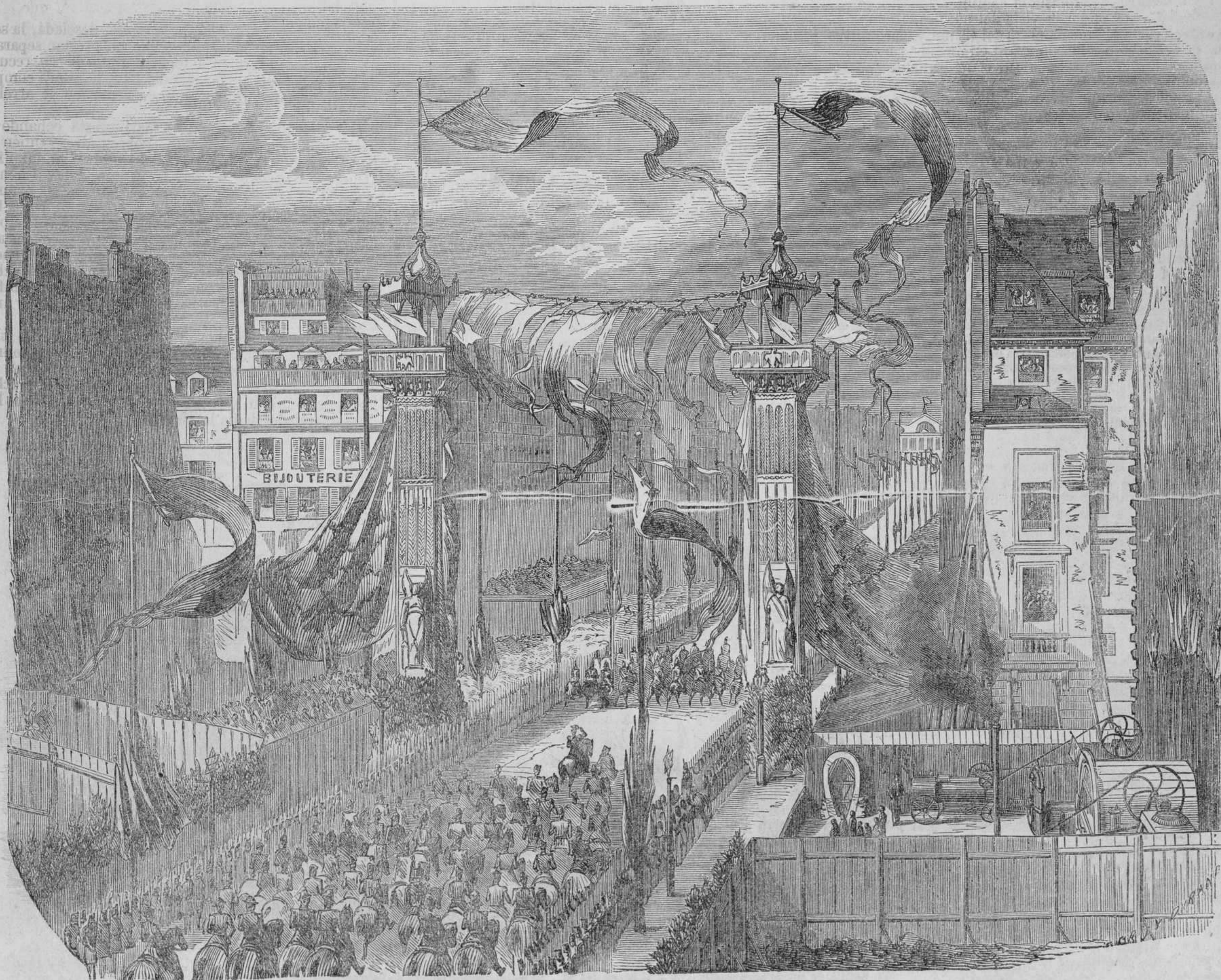
AÑO 17. — N° 278.

SUMARIO.

Inauguración del boulevard de Sebastopol; grabado. —
Ruina, ó una terrible historia. — Curiosidades in-

glesas; grabados. — Revista de París. — Jefe. — His-
toria. — El salon del Trono en el Senado; grabados. —
Santiago. — Usos y costumbres de Francia; grabados. —
La bomba del puente de Nuestra Señora; grabados. —

Revista de la moda. — Discursos pronunciados en la
Academia española. — La prima del Correo de Ultra-
mar en 1858; grabados.



INAUGURACION DEL BOULEVARD DE SEBASTOPOL, EL 5 DE ABRIL DE 1858.
Paso del cortejo al caer la cortina en el punto de interseccion del nuevo boulevard y del boulevard Saint-Denis.

Inauguración del boulevard de Sebastopol.

Esta ceremonia tuvo lugar el día 5 de abril con una brillantez y pompa considerables, y como el día era favorable, el número de espectadores fué inmenso. Los adornos de toda la línea del Sena hasta la estación del camino de hierro de Estrasburgo, eran de un gusto exquisito. A cada lado se veían mástiles venecianos en cuya punta ondeaban bonitos gallardetes, en tanto que adornaban sus bases pintorescos escudos con las armas de Francia y de la ciudad de París enlazadas con ricas guirnalda de flores y follaje. De distancia en distancia se encontraban trofeos militares y escudos con las iniciales del emperador. En el sitio donde la nueva vía cruza la línea antigua de los boulevares se elevaban dos minaretes de forma piramidal, y de punta á punta había tendida una gran cortina carmesí sembrada de abejas de oro, con anchas franjas bordadas de lo mismo, y que á una señal convenida debía correrse para abrir paso á la comitiva imperial.

Un poco antes de las doce la guardia nacional de París y varios regimientos de la guarnición empezaron á llegar á los puntos que les estaban designados de antemano y se formaron en batalla á ambos lados del nuevo boulevard; á la una las tropas se encontraban en correcta formación. La comitiva imperial salió de las Tullerías á las dos por la puerta del Puente Real. El emperador, montado á caballo, vestía el uniforme de general; seguía un numeroso acompañamiento, entre el cual distinguíanse los mariscales Pelissier, Vaillant, Magnan; el almirante Hamelin, el general Espinasse, ministro del Interior, y un gran número de generales, ayudantes de campo, oficiales de estado mayor, etc. Inmediatamente despues de la comitiva venía la emperatriz en carruaje descubierto tirado por cuatro caballos con postillones, y precedido de batidores y un piquete de los Cien guardias. El cortejo siguió la línea de los muelles hasta la plaza del Chatelet, donde el baron Haussmann y M. Boitelle, prefectos del Sena y de la policía, aguardaban á SS. MM.

Al llegar el emperador á este punto izóse una bandera que era la señal para que se corriese la cortina arriba mencionada, y entonces toda la longitud del boulevard, desde el Sena hasta el camino de hierro de Estrasburgo, se ofreció á la vista del público. Despues de hacer un corto alto en la plaza del Chatelet, la comitiva imperial siguió por el boulevard en medio de los entusiasmas vivas de la multitud que ocupaba todos los puntos dominantes del tránsito.

A las dos y media el cortejo llegó á la estación del camino de hierro de Estrasburgo que había sido espléndidamente adornada interior y exteriormente y frente la cual se había preparado un salon para recibir á SS. MM. Al llegar allí el emperador fué recibido por las autoridades municipales, y S. M., al entrar con la emperatriz en el salon, les dió las gracias por la actividad que habían desplegado para completar la línea de comunicación que se acababa de abrir, expresándose en los siguientes términos:

«Señores individuos del ayuntamiento: La inauguración del boulevard de Sebastopol me ofrece una ocasión favorable para daros gracias por vuestros constantes esfuerzos dedicados al embelecimiento de la capital y al mayor bienestar de sus habitantes. Estamos en una época en que la construcción de los caminos de hierro cambia todas las condiciones económicas de un país, pues no solo en su construcción absorben la mayor parte de los capitales disponibles, sino que luego de construídos fomentan la aglomeración en las ciudades y modifican las relaciones entre el productor y el consumidor. El ayuntamiento pues había de atender simultáneamente á varios objetos; era preciso ante todo asegurar los recursos financieros de París, fomentar las nuevas construcciones para dar cabida á un aumento súbito de población, y por otra parte era indispensable echar abajo muchos edificios para abrir nuevas calles que proporcionasen luz y salubridad á los barrios insalubres, siendo al propio tiempo grandes arterias que favoreciesen el desarrollo de la población, acortando las distancias entre el centro y los extremos.

»Uno y otro resultado se han obtenido; las construcciones han sido diez veces mas considerables que las demoliciones; y sin embargo no se han limitado á esto vuestros esfuerzos. En las épocas de carestía, merced al establecimiento de la Caja de panaderos, habeis proporcionado á la población el pan á precios relativamente baratos. No habeis omitido medida alguna relativa á mejoras y beneficencia. Fundando nuevos hospitales habeis repartido á la vez en mayor abundancia los socorros á domicilio, habeis construído nuevas iglesias y escuelas, habeis secundado el aumento de las provisiones de París por medio de mercados centrales, habeis dado comienzo á las obras de salubridad pública con la construcción gigantesca de galerías subterráneas, dignas de las grandiosas obras de la antigua Roma; y por último habeis hermanado lo útil con lo que podía agradar á la vista é inspirar elevados sentimientos.

»Cuando las generaciones que nos sucedán examinarán nuestra gran ciudad, no solo adquirirán el gusto de lo bello, admirando estas obras maestras del arte, sino que leyendo los nombres grabados en nuestros puentes y calles, recordarán la gloria de nuestras armas desde Rivoli á Sebastopol.

»Todos estos grandiosos resultados los debo á la cooperación del Cuerpo legislativo, que abdicando todo sentimiento de egoismo provincial, ha comprendido que un

país como la Francia debía tener una capital digna de sí, y no ha vacilado en conceder la subvención que el gobierno le ha pedido. Debo tambien estos resultados á la cooperación ilustrada del ayuntamiento; y debo en especial su rápida y entendida realización al ilustrado funcionario que ocupa el primer puesto en el departamento del Sena, y que conservando en los recursos rentísticos de la ciudad un órden digno de encomio, ha sabido en breve tiempo llevar á término tantas empresas á pesar de los continuos obstáculos suscitados por el espíritu de rutina y de descrédito. Me complazco en manifestarle con este motivo mi completa satisfacción.

»Pero, señores, nuestra tarea no ha terminado; habeis aprobado un plan general que debe continuar ejecutándose con tan favorables auspicios como ha principiado. La Cámara, segun espero, lo votará en breve, y de este modo veremos abrirse todos los años anchas calles, adquirir condiciones de salubridad los barrios mas poblados, tender á la baja los alquileres con la multiplicación de las obras, enriquecerse las clases obreras por medio del trabajo, disminuir la miseria con una organización ventajosa de la beneficencia, y corresponder mas y mas de este modo la ciudad de París á su elevado destino.»

Este discurso fué recibido con entusiasmas gritos de: Viva el emperador!; viva la emperatriz!; viva el príncipe imperial! El emperador felicitó despues á los ingenieros y concedió la cruz de oficial de la Legion de Honor á M. Homberg, ingeniero principal; ascenso de primera clase en su empleo á M. Belgrand, ingeniero de obras hidráulicas y de cañerías; la cruz de caballero de la Legion de Honor á M. Deschamps y á M. Pani, directores de obras al servicio de la municipalidad.

El emperador, despues de una corta permanencia en este punto, volvió á montar á caballo, y el cortejo regresó á las Tullerías por la línea de los boulevares antiguos, siendo recibido por todas partes con las mismas entusiasmas aclamaciones. El príncipe Napoleon no pudo acompañar al emperador por hallarse indispuerto.

Las obras del boulevard de Sebastopol se empezaron á fines de 1854, de manera que desde entonces hasta el día de su inauguración aun no han trascurrido tres años y medio. La longitud de esta grande arteria desde la estación del camino de hierro de Estrasburgo al Sena cuenta 2,500 metros, y 2,000 desde la orilla izquierda del rio al Observatorio. La distancia total es por consiguiente de 4,500 metros ó sea mas de una legua: via soberbia y larga que difícilmente se encontrará en otra ciudad.

Por la noche se ha iluminado con profusión el boulevard de Sebastopol. Los aparatos de los nuevos faroles de gas que se han colocado en la nueva calle inaugurada ayer, producen un magnífico efecto. Estas brillantes luces, las iluminaciones del frontis del embarcadero del camino de hierro del Este y de las casas particulares, junto con los adornos establecidos por el ayuntamiento y las numerosas colgaduras que se veían en ventanas y balcones, todo formaba una perspectiva admirable y realmente indescriptible.

A media noche la multitud recorria aun esta inmensa calle cuya abertura ha sido un verdadero beneficio para muchos barrios hasta ahora privados de la luz del sol, y que han adquirido este nuevo elemento de salubridad. La inauguración del boulevard de Sebastopol se conservará en la memoria de los que han podido presenciársela, como un recuerdo de un acontecimiento útil y al propio tiempo glorioso para un reinado y una nación.

RUFINA

O UNA TERRIBLE HISTORIA,

POR DON JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

I.

LA CAZA DE ZORZALES.

En una noche del mes de diciembre de 1854 me hallaba yo en Alcalá de Guadaira, población deliciosa distante solo dos leguas de Sevilla, en uno de los parajes mas pintorescos de España, y que además de sus muchos encantos, tiene para mí el de haber sido mi cuna y el de ser la residencia habitual de mi familia.

Al cabo de algunos años, aquel era el primer invierno consagrado por mí á la ternura de mis padres y de mis hermanos y á la sincera afección de mis amigos de la infancia.

Mi larga permanencia lejos de mi país natal me había hecho hasta cierto punto extranjero entre los míos; muchos de mis antiguos camaradas de escuela, á la sazón sencillos y honrados labradores, durante el día manejaban el azadon ó el arado, y llegada la noche acudían á la casa de mis padres, donde al amor de una buena lumbre y entre el humo de los cigarros, recordábamos con alegría nuestras infantiles travesuras.

Al verse recibidos con la cordial franqueza de una verdadera amistad, sin embargo de ser algunos de ellos trabajadores de nuestra casa, todos á porfía trataban de agasajarme y me invitaban de continuo á participar de sus sencillas é inocentes diversiones, nuevas enteramente para mí, que consagrado desde niño á otro género de vida, no las había podido conocer sino por referencia.

Varias veces me habían ponderado los encantos de

una caza especial, que llaman allí la *caza de los zorzales*; y aunque sus pormenores habían excitado vivamente mi curiosidad, entibiaba algun tanto mi deseo el saber que aquella caza no era posible sino en las noches oscuras de lluvia y viento.

No obstante, ya les había ofrecido asistir á una de sus incómodas expediciones, y ellos lo tenían todo preparado para sorprenderme en el primer momento oportuno.

Los primeros días de diciembre habían pasado como días de primavera; ni una sola nube había venido á empañar la diáfana pureza de la atmósfera; las noches eran tambien serenas y claras y las estrellas matizaban por todas partes el firmamento. Pero hácia la mitad del mes, á la hora de ocultarse el sol, presentóse en el horizonte una faja oscura que se extendía de Occidente á Norte, la temperatura subió algunos grados, y la aguja barométrica empezó á anunciar la mudanza del tiempo.

A las siete de la noche soplabá ya un viento del Sur muy pronunciado y ligeras nubes cruzaban con rapidez, haciéndose por instantes mas oscuras y espesas.

Ya mi familia y yo nos disponíamos á cenar; gruesos troncos de olivo ardían en la chimenea, y escuchábamos con cierto placer el ruido del viento que agitaba los cristales y el sonido especial que como una especie de redoble producían en ellos las primeras gotas de la lluvia.

Mientras duró la cena, el temporal fué poco á poco arreciando, y á las ocho, cuando se levantaron los mantales, el agua corria por las calles en copiosos arroyos, arrastrando las piedras que encontraba al paso con ese rumor sordo y uniforme de los improvisados torrentes.

Al dar el reloj las ocho, solo habían acudido á nuestra ordinaria velada dos ancianos vecinos que no faltaban ninguna noche, y que entretenían nuestra patriarcal reunion refiriendo sus aventuras de la guerra de la Independencia, en la cual ambos habían sido actores.

Yo no extrañaba gran cosa la falta de mis jóvenes amigos, porque la noche en verdad no convidaba mucho á salir de casa; pero los dos ancianos, al oírme emitir esta idea, cambiaron entre sí una mirada y dejaron entrever una sonrisa de inteligencia, lo cual me hizo sospechar que aquella tardanza tenía un motivo especial que querían ocultarme; pero nunca imaginé cuál era la sorpresa que me preparaban.

Haciales yo sobre esto algunas preguntas, que ellos trataban de eludir de la mejor manera posible, cuando de pronto sentimos un gran tropel en el portal, y nuestros jóvenes se presentaron con la alegría pintada en el semblante, y diciendo muy satisfechos:

— Ya llegó la hora.

— ¿De qué? les pregunté yo.

Pero no tuve necesidad de su respuesta.

Al ver los aparatos de que venían provistos, las mantas que traían sobre los hombros y la extraña linterna, que mas adelante describiré, y que uno de ellos, su autor sin duda, me mostraba con orgullo, recordé que todo aquel aparato y en aquella endiablada noche no podía tener otro objeto que la tan celebrada *caza de zorzales*.

Y así era en realidad: la noche, segun su unánime parecer, era asombrosa; la caza prometía ser divertida y abundante; todo estaba dispuesto, y solo faltaba que yo me uniese á la comitiva.

Si he de confesar la verdad, aunque me cueste algun rubor, diré que en los primeros instantes sentí en el alma el haber manifestado la mas mínima curiosidad por una diversion rodeada de tan incómodos accidentes.

La habitación en que nos hallábamos tenía una temperatura deliciosa; el fuego que ardía delante de nosotros con su vacilante llama y sus encendidos carbones formaba un singular contraste con el vendaval y la lluvia que se escuchaba fuera; despues, por un instinto natural de comodidad ó de pereza, mi imaginación me llevaba á comparar el agradable reposo de mi lecho con la fría humedad, la fatiga y las incomodidades que me aguardaban en el campo.

Uníanse á todo esto las juiciosas observaciones de mi buena madre que, temerosa por mi salud, calificaba aquella expedición de temeridad y de locura.

Ya estaba yo casi decidido á manifestar á mis alegres camaradas mi determinación de no apartarme del hogar. Ellos sin duda lo comprendieron así, y en el semblante de todos empezó á pintarse una especie de desconsuelo que me conmovió profundamente, tanto que á pesar de las observaciones de mi madre y de mis instintivas comparaciones, por no pecar con ellos de ingratitud, hice ensillar mi caballo y preparar algunas municiones de boca, y á las nueve en punto, cubiertos con espesas mantas y calado hasta los ojos el sombrero, salimos al campo, sin temor á la lluvia que caía á torrentes, y una legua de la población, llamados las *Huertas de Cebollilla*.

II.

LA CERCA DEL DIABLO Y EL POZO DEL CONDENADO.

Quando salimos del pueblo, la oscuridad era tan intensa que no se veía á dos palmos de distancia; pero mis amigos, prácticos en el terreno, se colocaron delante de mi caballo y marchaban con una seguridad como si estuviésemos en mitad del día.

Para entretener el camino, me refirieron minuciosamente la manera de verificar la caza, que por ser muy original no quiero dejar de contarla á mis lectores.

El zorzal, que por ser un ave harto conocida no me

detengo á describir, pasa en el mediodía de España toda la estación de invierno, retirándose hácia las provincias del Norte para anidar desde que se anuncia la primavera.

Durante su permanencia en Andalucía, habita generalmente entre los zarzales y malezas de los bosques y en los olivares mas sombríos, donde el fruto de estos árboles le sirve de habitual sustento.

Si el tiempo está sereno y la atmósfera despejada, duerme en el primer árbol donde le sorprende la noche; pero al primer amago de tempestad ó de lluvia, su instinto le lleva á buscar un resguardo contra la intemperie en los árboles mas cubiertos de hojas y que por sus condiciones especiales pueden ofrecerle mejor amparo.

Esta es la razon sin duda porque en las noches de temporal acuden á los naranjales desde largas distancias, porque este árbol con sus anchas hojas y su tupido follaje les ofrece las garantías que no pueden hallar en ningun otro.

Guiados tambien por su instinto de conservacion, escogen siempre aquellas ramas uenos expuestas á la lluvia y á los embates del viento, y entre estas las mas bajas, que suelen ser las mas resguardadas.

El pájaro en cuestion, que tiene la desgracia de ser muy sobroso, y que durante el día suele guardar muy bien el pellejo de las asechanzas continuas de sus aficionados, solo se deja sorprender en las noches en que el mal tiempo los intimida y acobarda, y el hombre cruel sabe aprovecharse de la ayuda que le prestan los elementos.

La caza, por lo demás, es extraordinariamente sencilla, y no se necesitan para ella otros aparatos que una linterna de forma especial y una especie de paleta ancha y larga como la mano y con un mango á manera de baston á que se halla adherida por uno de sus extremos.

Un solo individuo puede manejar fácilmente ambos instrumentos, por poca que sea su práctica; pero hay mas seguridad cuando la operacion se hace á duo, llevando uno la linterna y el otro la pala.

La linterna que nosotros llevábamos, por su materia y por su forma, merece una especial descripcion, y vamos á hacerla.

El ingenioso artífice no habia pedido sino al reino vegetal las primeras materias para construir su aparato; pero este llenaba tan perfectamente las condiciones de su objeto, que el mismo Robinson hubiera tenido envidia al examinarlo.

Hay en Andalucía una especie de calabazas de forma cilíndrica, que suelen llegar hasta un metro y algo mas de longitud, y la sexta ó octava parte de diámetro; el extremo adherido á la planta es casi siempre de figura irregular y afecta hasta cierto punto la forma esferoide; pero en su prolongacion hácia el extremo opuesto, ó sea el de la flor, su estructura es perfectamente la de un cilindro que se redondea en su remate á manera de fanal.

La corteza de estas calabazas adquiere con la madurez la consistencia que tienen esas otras llamadas de cuello ó de peregrinos, y que en algunos países sustituyen en los usos domésticos de las casas pobres las botellas y otros receptáculos, sobre todo cuando están cortadas en sazón y bien curadas al humo. Una de aquellas habia servido á mi amigo para formar su linterna, aprovechando la parte terminada en fanal, ajustando á su base un pedazo de corcho sostenido en su centro por una caña, cuyo tubo, penetrando al interior hacia el oficio de candelero, y en el exterior servia de mango para elevarla á la altura conveniente. La luz salia por una abertura rectangular practicada en la calabaza cerca de su base, y la vela ardia dentro admirablemente, resguardada por todos lados del viento y de la lluvia, y proyectaba sin oscilar la luz en un reducido espacio, dejando todo lo demás envuelto en las sombras.

Para cazar, el de la linterna va siempre del nte, caminando con lentitud, para que no se perciba el ruido de sus pisadas; dirige la luz hácia el sitio en que el zorzal se encuentra, y este, deslumbrado con la claridad repentina que hiere sus ojos, permanece inmóvil hasta que el otro cazador, provisto de la paleta, le asesta un golpe mortal que le hace caer al suelo.

Descrita ya esta caza original con todos los pormenores que mis buenos amigos encontraban deliciosos, continuaré la descripcion de nuestro malhadado viaje.

La lluvia no habia cesado de caer á torrentes durante el camino; apenas podíamos movernos debajo de nuestras mantas empapadas por el agua; pero decian todos que aquello era una diversion, y yo me divertia tambien por no contradecirles.

Cuando íbamos llegando á la primera huerta, la lluvia cesó y la noche empezó á serenarse. Yo les manifesté francamente mi alegría; pero ellos, por el contrario, se quejaban, diciendo que la falta del temporal podia hacer estériles todos nuestros sacrificios.

Y así sucedió en efecto: la luna apareció entre las ligeras nubes, últimos restos de aquella improvisada tempestad, y nuestros codiciados zorzales huían delante de nosotros mucho antes de que llegáramos á los árboles en que estaban posados.

Malograda así nuestra expedicion, no nos quedaba otro recurso que volver al pueblo; pero yo temia la rechifla de los que me habian aconsejado quedarme en casa; casi todos íbamos provistos de escopetas; las municiones de boca eran abundantes para hacer á lo menos dos buenas comidas con sus correspondientes libaciones; el día siguiente no era de trabajo, y propuse á mis camaradas pasar el resto de la noche en la primera choza que nos pudiera dar albergue, donde enjugaríamos nuestras mantas, reposaríamos hasta el amanecer, y luego encomendaríamos al plomo el éxito que habíamos esperado de la linterna.

— En el semblante de Vd. conozco que no es Vd. uno de esos necios burlones que, porque viven en una gran ciudad y visten de otra manera, se mofan de las relaciones del infeliz campesino, y no encuentran en ellas nada que merezca escucharse.

— Así es, le dije yo tendiéndole la mano con afectuosa gratitud por el concepto que de mí habia formado. Por inverosímil que sea la historia que Vd. va á referirnos, yo la escucharé con atencion y silencio; y lejos de burlarme de sus palabras, daré á ellas todo el valor que adquieren al ser proferidas por los labios de un anciano.

El pastor se sonrió con placer; guardó silencio por algunos instantes como si estuviese coordinando sus ideas, y por último, adoptando una actitud grave y digna, y dando á su voz una entonacion solemne, comenzó á hablar en esta sustancia.

En los tiempos de mis abuelos hubo en esa hacienda que habeis dejado á la espalda, cuando os dirigiais á mi choza, una familia honrada compuesta de un anciano, que habia envejecido en ella al servicio de sus dueños, y un hijo suyo que se habia criado en la casa y que á los pocos años de matrimonio perdió á su mujer, de la cual le quedó una niña.

El anciano se llamaba el tío Pablo, era estimado de todos por su honradez, habia servido con lealtad á su dueño, y los hijos de este y los hijos de sus hijos lo consideraban como de la familia.

Andrés, el hijo del tío Pablo, era tan querido como su padre, porque tenia sus mismas virtudes; habia trabajado como él incesantemente por acrecentar la hacienda que su amo le tenia confiada, y cuando el pobre viejo á quien debia la vida acabó de ramparse y quedó inutilizado y ciego, él quedó encargado en la direccion de todas las faenas de la labranza.

El amo, que era de su misma edad, que habia jugado con él cuando ambos eran niños, y que tenia buen corazon, le estimaba como á un hermano y tenia en él una confianza ciega. El tío Pablo y Andrés eran felices, cuando Dios llamó á la esposa de este último á su seno, dejándole como memoria á la tierna criatura que habia sido bautizada en los brazos de sus amos y recibido el nombre de Rufina.

La niña tenia apenas seis años cuando su madre murió; era muy hermosa, y sus padrinos se empeñaron en llevarla á Sevilla, para educarla en su propia casa, lo cual el padre no podia hacer en el campo.

El tío Pablo y Andrés consintieron en ello, aunque con disgusto, y la niña fué conducida á la casa de don Félix, con regocijo de su esposa, porque ellos no tenían mas que un hijo de doce años, enfermo siempre y que daba pocas esperanzas de prolongar mucho tiempo su vida.

Fernando, que así se llamaba el jóven, recibió á la huérfana como á una hermana; y como todas las naturalezas débiles, encontrando en la niña un cariño franco, una solicitud y una ternura extrañas hasta cierto punto á su edad, le consagró tambien un amor mezclado de gratitud, y empezó á vivir en ella y por ella.

Al paso que Rufina crecia en edad, en gentileza y hermosura, Fernando fué venciendo tambien su enfermedad constitucion, y en el tránsito de la pubertad adquirió todo el vigor y robustez de que habia carecido en la infancia.

El jóven fué entonces dedicado por sus padres á una carrera, y empezó á estudiar con aprovechamiento para ser abogado.

En este tiempo murió la esposa de don Félix. Rufina contaba ya diez y seis años y Fernando veinte y dos.

La huérfana, cuya inteligencia y disposicion eran admirables, recibió el cargo de la direccion de la casa; y su padrino, que tenia el proyecto de enlazarla con su hijo cuando este concluyera sus estudios, completaba al mismo tiempo la educacion de la jóven, para que ocupara dignamente el lugar que le tenia destinado.

Fernando amaba á Rufina con ternura, habia dado siempre muestras de ser un hijo obediente, y jamás habia causado el menor disgusto á sus padres; pero los consejos de un falso amigo le desviaron de la senda del deber, ocasionándole con la agena su propia desgracia.

Al llegar aquí, el anciano narrador quiso tomar un respiro; la bota circuló como un agradable paréntesis; encendimos nuestros cigarros; volvió á añadirse leña á la ya amortiguada lumbre; y al cabo de algunos minutos nos dispusimos todos á escuchar y el pastor á proseguir su interrumpida historia.

(Se concluirá.)

Curiosidades inglesas.

(Véanse los números 272, 275, 276 y 277.)

IV.

LAS TABERNAS.

En Francia los establecimientos públicos tienen un precioso agente de actividad en el espíritu de sociabilidad que es uno de los rasgos mas notables del carácter francés. No suca de lo mismo en Inglaterra, donde la necesidad de las relaciones sociales es menos viva, donde cierta predisposicion natural al aislamiento, á la *abstracción*, para emplear una expresion inglesa, contraria la práctica de la vida comun. Es digno de apuntarse sin

III.

LA HUÉRFANA DE MADRE.

Cuando el tío Fierabrás volvió á la choza ya estábamos todos sentados al rededor de la lumbre y habíamos echado en ella algunos manojos de carrascas cuyos chasquidos se asemejaban mucho á un fuego de guerrilla escuchado á lo lejos.

Aquella habitacion, formada exclusivamente de pitacos, juncos y cañas, era bastante espaciosa, y estaba construida con toda la solidez posible, atendidos los materiales.

El menaje del pobre pastor estaba reducido á un lecho de paja sobre una especie de catre formado de varetas de mimbre y levantado del suelo por cuatro estacas fijas que le servian de puntos de apoyo; un gran zurrón de cuero suspendido por una cuerda entre dos puntales era el depósito de sus frugales provisiones; un cántaro y varios platos de barro tosco eran toda su vajilla, y para sentarse no habia mas que unas piedras elegidas entre aquellas que al azar presentaban dos superficies paralelas y algun tanto planas.

Para evitar que el fuego del hogar se propagase á las inflamables paredes del edificio, aquel se encendia siempre en medio de la choza dentro de una excavacion circular algo profunda; el techo estaba garantido de las chispas ascendentes por una piel de buey extendida con cuerdas en el sitio que caia perpendicularmente sobre el círculo del hogar.

Me he detenido en estos pormenores con el doble objeto de dar á conocer lo poco que necesita un hombre para ser dichoso, cuando no conoce ni ambiciona mas de lo que posee, y para dar á mis lectores un conocimiento exacto del lugar en que pasaba la escena.

Luego que nuestro huésped conoció el objeto de nuestra visita, y despues de tomar asiento junto al rescoldo, me dirigió una escrutadora mirada, sin duda para penetrar con qué ánimos me disponia yo á escucharle. Despues me dijo:



Tabernero. — Retrato.

embargo, que á pesar de esa diferencia característica, el número de casas destinadas á reunir gente, ya públicas, ya privadas, es infinitamente superior en Inglaterra. El hecho parece implica una contradicción; vamos á explicarle.

Puede decirse con verdad de la nación inglesa que es una sociedad colectiva de egoistas. Pero si un sentimiento exclusivo tiende á estrechar el círculo de la vida inglesa, el interés individual, por una aplicación familiar del principio de asociación tan declarado en las costumbres de los ingleses, modifica esta propensión y determina bajo promesa de beneficios relaciones de conveniencia entre individualidades que se huyen. Bajo la influencia fecunda de este espíritu de asociación se han formado la mayor parte de los establecimientos públicos en Inglaterra.

Así como se asocian para producir, los ingleses se asocian para consumir. Este otro aspecto de la asociación les suministra el medio de satisfacer en condiciones ventajosas un gusto muy pronunciado por los goces materiales que se resumen en esta palabra: *comfortable*. Ese modo de considerar la asociación ha favorecido energicamente la formación de centros de reunión, y ha sido la causa más activa del prodigioso incremento que ha tomado la industria de las tabernas y de los establecimientos de ese género. Basta visitar una sola vez uno de esos lugares públicos para convencerse de que aun bajo el régimen de la asociación, el inglés no manifiesta un gran instinto de sociabilidad. No hay que buscar allí las señales de una benevolencia recíproca, y ni aun siquiera esa urbanidad superficial que es moneda corriente en todo el mundo. Véase con cuánto cuidado se hallan combinadas las disposiciones interiores á fin de que cada cual pueda gozar de toda la libertad de su egoísmo. El uso ha establecido para la comodidad de los consumidores unas celdillas con el nombre de *boxes*, denominación que da una idea suficiente de su carácter y de su destino.

Nos parece erróneo el atribuir á cierta gravedad el aspecto silencioso de toda reunión inglesa. Un inglés es silencioso por temperamento, no por carácter, y así lo demuestra no solo en los lugares públicos, sino en las sociedades en el seno mismo de la familia, donde permanece mudo, ó si habla es tan bajo que se ignora si ha pronunciado una palabra. Podría suprimirse del diccionario una buena mitad de la lengua inglesa sin que se resintiese de ello la conversación. Fácil es adivinar que una monotonía constante debe presidir en tales asambleas; pero solo el extranjero la nota, el inglés se absorbe en ese centro como se absorbe en sus sueños el hombre que toma opio. Se divierte aunque no lo parezca; mas aun, se encuentra muy feliz bajo esas apariencias de dolor continuo. Muy difícil sería decir de qué se compone la felicidad de un inglés; puede suponerse que es un compuesto de goces negativos, y que el bien que siente no es más que una corta ausencia de los males que olvida. Ni aun está averiguado que posea el sentimiento del gusto de las pésimas bebidas que consume, mas por costumbre que por sensualidad.

Nadie ignora que la intemperancia es un vicio muy general en Inglaterra, vicio que no está arraigado solamente en las clases bajas de la sociedad, sino en las más elevadas. Sabido es que William Pitt no siempre pudo moderar su afición á la bebida, y que Fox, retirado á la vida privada, consumía abundantemente los vinos de España y de Oporto en su retiro de Saint-Anne's Hill. Ricardo Sheridan fué tan célebre por los extravíos de su vida particular como por sus luchas en el parlamento. Furlon, que llegó á obtener la dignidad de gran ciller de Inglaterra, llevó una juventud disoluta.



Tabernera. — Retrato.

Podríamos multiplicar los ejemplos siguiendo la lista de los hombres de Estado hasta nuestros días. Con la imparcialidad del moralista, debemos añadir que ni las mujeres están exentas del defecto que señalamos; y dudamos que viesen con placer el establecimiento en Inglaterra de aquella costumbre espartana que prescribía á las mujeres que besaran á sus maridos, á fin de que estos pudieran juzgar de su sobriedad. Los registros de la ciudad de Londres prueban de un modo irrecusable los destrozos que causa la intemperancia; hay años en que resultan al mes diez casos de enagenación mental producidos por el abuso de licores espirituosos.

Tan deplorables resultados son muy propios para excitar el celo de los discípulos del P. Mafeo, el apóstol de la temperancia. En una obra que ha obtenido un éxito popular, Jorge Cruikshank, que con su lapiz ha sabido



Gin-Palace,

trazar acertadamente los vicios y ridiculeces de la sociedad inglesa, no tuvo á menos acudir en socorro á la obra del digno misionero. En su libro titulado *the Rattle* pinta con horrible verdad las funestas consecuencias de la embriaguez; el autor se ha elevado á la altura del drama mejor concebido, y no sabemos que exista un tratado de moral mas propio para curar la intemperancia en las personas.

Hemos indicado el carácter general que presentan los establecimientos públicos en Inglaterra, y ahora vamos á pintar los caracteres particulares que dan á cada uno de ellos una fisonomía distinta, notando las diferencias que los separan. Hablaremos ante todo de los clubs, que ocupan el puesto principal en el orden de los establecimientos públicos.

Los clubs, que se llaman tambien casas por suscripción, son propiamente hablando unas reuniones privadas. Nada falta en esos establecimientos de cuanto puede concurrir á lisonjear la delicada sensualidad del hombre rico. Casi todos los clubs son palacios. Citaremos particularmente el *Union-Club* en Charing-Cross, que tiene todas las proporciones de un monumento público; el *Club de Crockford* en San James Street; *Apsley-House* y el *Club de la Reforma*.

El club inglés realiza todos los refinamientos de la opulencia en beneficio de los suscritores á quienes una fortuna limitada obligaría á comer en *Oriental* sin el auxilio poderoso de la asociación. Además cada uno de estos clubs tiene un destino especial. Unos son círculos exclusivamente políticos, otros son simples reuniones elegantes, ó científicas, ó literarias, ó en fin se hallan destinados á ciertas profesiones ó á diversiones de un género determinado. Todos tienen un objeto conocido; pero á decir verdad se recomiendan mas bien á sus suscritores por los talentos de sus cocineros. Nos atreveríamos á decir que sin la ciencia de Soyer, la Reforma que cuenta en su seno con todas las ilustraciones de la política, tendría quizá menos socios.

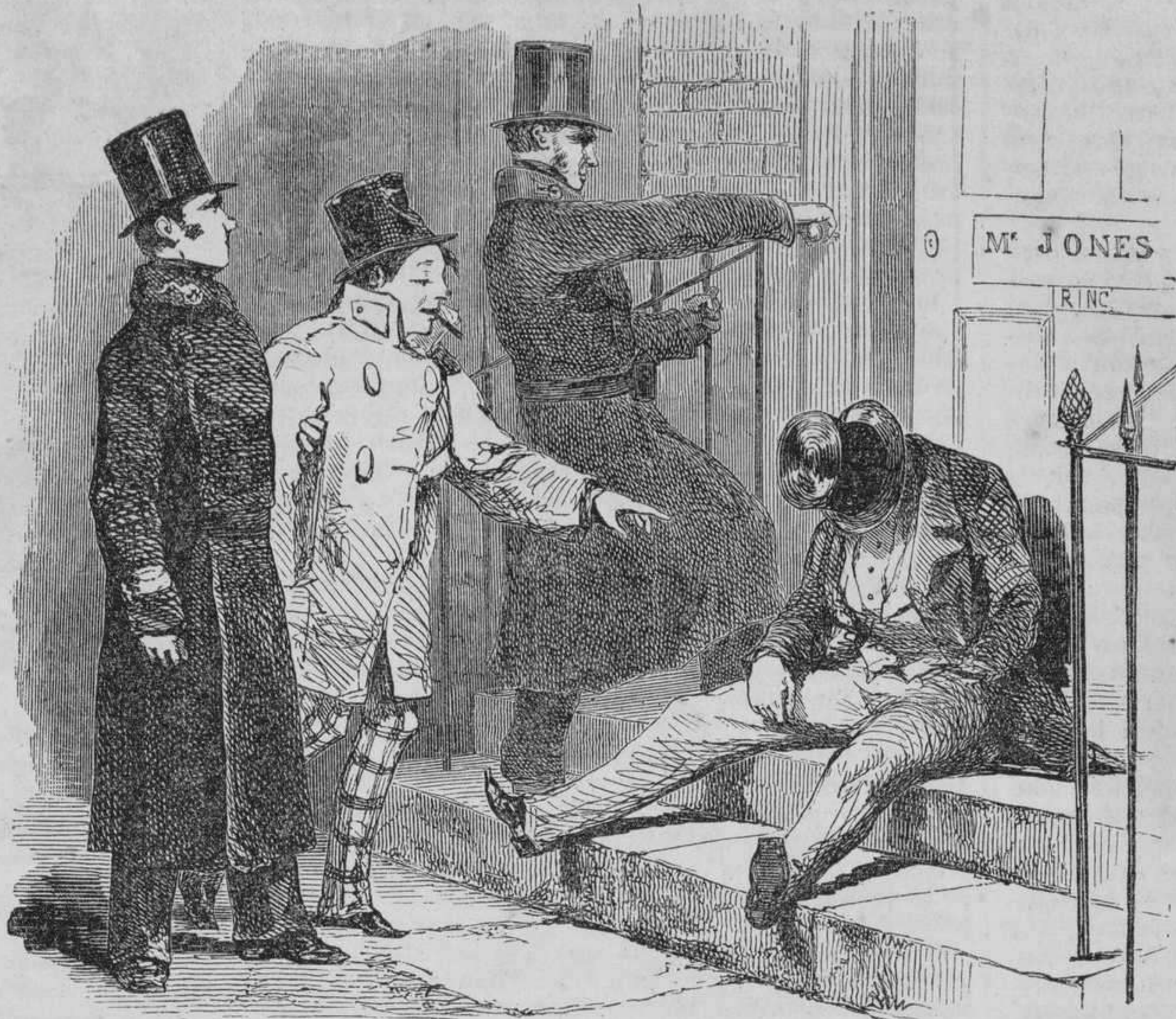
No es la primera vez que la cocina señala su influencia en la marcha de los negocios públicos; y es tambien justísimo añadir que pocos artistas culinarios eran tan

capaces como Soyer de favorecer en tan alto grado la causa reformista. El partido tory ha cometido la falta de no dotar á uno de sus círculos con un político tan precioso.

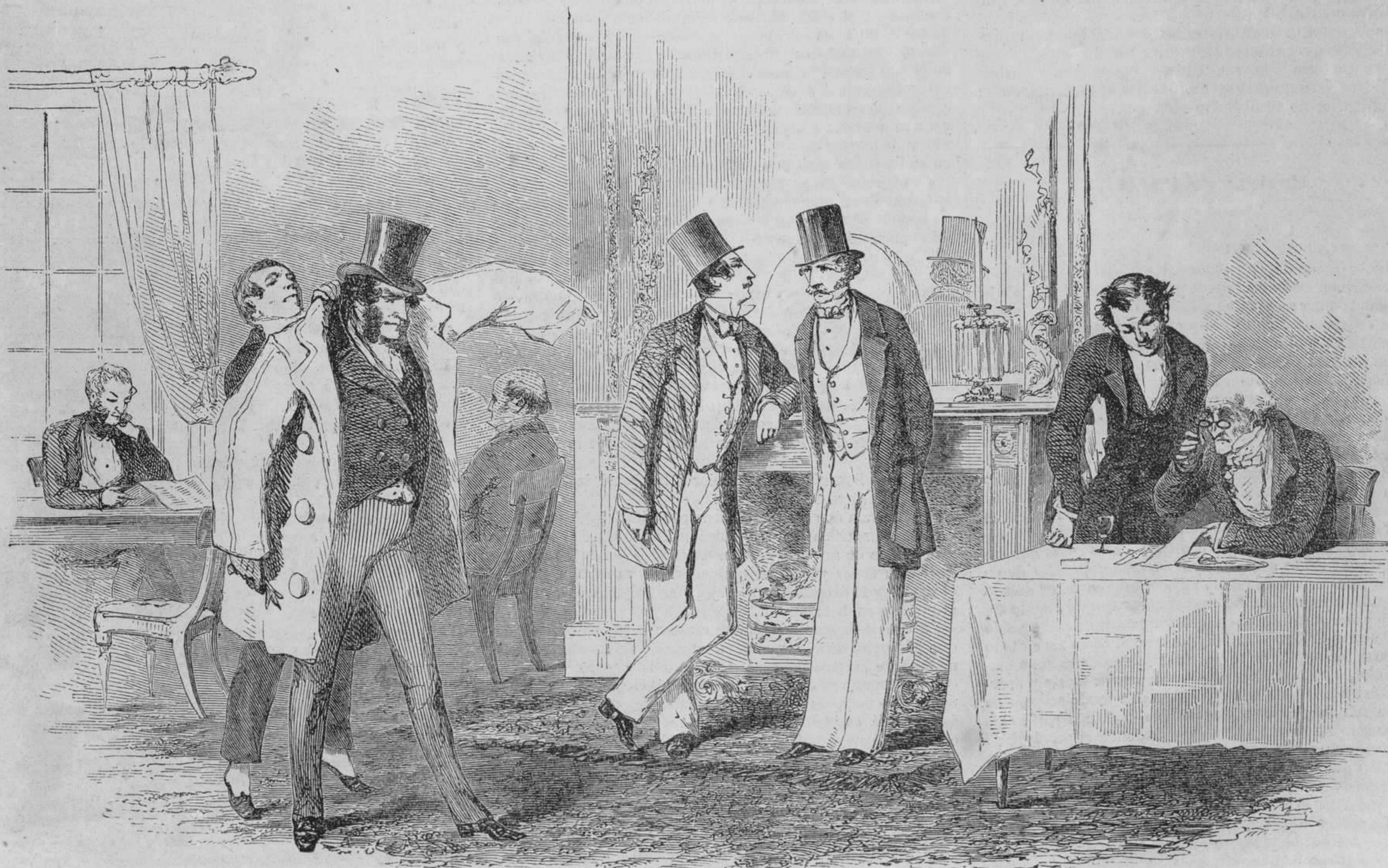
Estas pocas palabras bastan para que se comprenda desde luego la alta importancia de los clubs. Así sucede que es muy difícil entrar de socio de uno de ellos; se exigen previamente formalidades muy complicadas. En algunos la lista tiene un límite, y entonces hay que recurrir á la inscripción de aspirante; dichosos aquellos hijos de familia cuyos padres tuvieron la precaucion de inscribir por anticipacion el nombre de sus hijos en el registro de los aspirantes de tal ó cual club, el mismo dia de su entrada en la escuela de Etong ó de Haron; así pueden prometerse en su juventud la entrada en el

extranjera. El *Rain-bow* atrae particularmente á los pacíficos habitantes de la Cité y del Strand; *Albion* se llena cada noche de periodistas, de artistas y de autores dramáticos. Aquí se nota una excepcion á la regla: hay mucha animacion, y las conversaciones, aunque tienen lugar en voz baja, son muy vivas, se conoce que estamos en presencia de la crítica. En cada mesa hay una discusion; pero solo tiene por confidente al *waiter* ó mozo, que es el único que tiene derecho para introducirse en la *boxe*.

Oriental y los dos *Scotet-Stores*, situados en los confines del West-End, reciben á los habitantes de este barrio aristocrático que desgraciadamente no tienen ni cocineros ni casa. Las fisonomías que allí se encuentran son todas apacibles. Se habla muy poco; la lectura de



Policemen acompañando gentlemen.



Taberna aristocrática.

periódicos ocupa mas particularmente los ocios de los parroquianos. No se han visto políticos menos animados.

Después de las tabernas vienen los *eating-houses* y los *dining-rooms* donde se toma por poco dinero una comida bastante suculenta; en este punto hay todavía en Inglaterra alguna lealtad comercial, no es como en Francia donde los *restaurants* de precio fijo no brillan seguramente por la bondad de su cocina.

Los *public-houses*: con esta denominación se comprenden todas las casas donde se venden bebidas al por menor. Los *gin-palaces* ocupan en esta categoría un lugar aparte para el observador. Son unos hermosos almacenes donde se hallan en toneles dispuestos con simetría los variados productos de la destilación espirituosa; el ron, el rack, el taffia, el ginebra, el whisky y todos los aguardientes de granos que suplen los aguardientes franceses, cuyo precio es exorbitante, por los enormes derechos de entrada que tienen que pagar. La clientela de estos establecimientos se compone de la escoria y las heces de la población. Casi todos los parroquianos van cargados de harapos. Los mendigos gastan allí por las noches las limosnas que han recogido durante el día. El músico callejero, el saltimbanco riegan con algunas copas de un doble whisky irlandés el sandwich de dos cuartos que compuso su última comida.

La fisonomía de los *gin-palaces* varía según los barrios; es agitada, estrepitosa en el barrio populoso de White-Chapel; inquieta y azorada en Clerkenwell donde se reúnen los mendigos mas repugnantes de la metrópoli; incisiva y mordaz en las cercanías de Bilingsgate, donde los vendedores de mariscos se desatan en agudezas; tumultuosa en las cercanías de Covent-Garden-Market, barrio de callejuelas negras y sucias.

Si queréis una pintura de costumbres un tanto escandalosa, aventuraos en un *cigars-room*, un lugar estrecho y bajo que muy pronto se llena de humo de tabaco. Allí encontrareis varios de esos elegantes equívocos que por desprecio llaman *gent*, ocupados en hacer la corte á mujeres varoniles que con mas delicia saborean un vaso de doble gin, que el requiebro mas dulce. Observad de paso la sencillez del amueblado: divanes y escupideras, las únicas cosas necesarias en ese lugar. No puedo menos de señalar aquí la prodigalidad con que los establecimientos públicos multiplican las escupideras. No hay *tap-room*, ó salon de fumar, por negro y sucio que se encuentre, que no se halle abundantemente provisto de esos chismes para uso de los fumadores; lo cual se halla en contradicción con lo que dice un viajero irlandés, el cual afirma que los ingleses no tienen otra escupidera que su estómago.

Nada tenemos que decir de los *coffee-rooms* en particular; únicamente queremos que conste en este punto la mezquina inferioridad de los ingleses. Es imposible hallar en Londres un solo café regular. En principio se puede establecer que cuando un inglés quiere dar prueba de gusto, demuestra un gusto pésimo. Nada mas odioso que el estilo de los establecimientos que llaman *coffee-houses*; y á esto hay que añadir que el café que en ellos dan es detestable.

En otro artículo examinaremos una serie de establecimientos de un carácter singular; hablaremos de las tabernas que son á la vez teatros, conciertos y bailes. Entonces se verá cuánto se ha inventado para divertir á un pueblo que no se divierte fácilmente.

Revista de Paris.

— *Avez-vous entendu M. Tamberlik?*

Hé ahí la pregunta que todos los parisienses «comme il faut» se dirigen estos dias desde por la mañana hasta por la noche, donde quiera que se encuentran, en los salones, en las carreras de caballos, en el bosque de Boulogne. Haber oído á Tamberlik es hoy un diploma de buen gusto; es la señal distintiva del gran tono. Mario, Duprez, Rubini, comparados con Tamberlik, han sido en sus mejores tiempos tenores de provincia; es increíble, es hasta indigno que una capital como Paris, el centro de las artes, se haya visto privada durante tantos años del prodigioso Tamberlik, que sin sospechar seguramente la falta en que caía, andaba recorriendo los teatros de Italia, España, Inglaterra, Rusia y América, sin haber recibido la consagración del dilettantismo parisiense. Gracias sean dadas pues al señor Calzado que por fin nos ha hecho conocer este portentoso.

Aparte de la exageración que hay en todas las cosas que ensalza repentinamente el capricho de la moda, diremos desde luego que Tamberlik es sin duda alguna un gran tenor dotado de facultades extraordinarias, que completa con un talento artístico muy ejercitado. La ópera que ha cantado aquí ha sido el *Otelo* de Rossini. En el aria del primer acto, conocida en todo el mundo como una de las piezas mas sobresalientes del maestro inmortal, Tamberlik está admirable; su voz fuerte y energética recorre sin ningún esfuerzo todas las modulaciones de ese canto sublime; su arte y su estilo son de una perfección acabada. Pero no es ahí sin embargo donde el privilegiado tenor alcanza su gran triunfo; la mayoría del público, lo mismo en Paris que en todas partes, no se sorprende con lo que es propio del estudio ó de la mucha práctica en el canto, sino con aquello que debe el artista á una organización particular. El duo con Yago es la piedra de toque de su nombradía; en esa escena, que es un conjunto de cólera, de ternura y de celos feroces, Tamberlik demuestra toda la extensión de su órgano maravilloso, coronando la última frase musical, ya de una energía sorprendente, con un «do sostenido» que es una ex-

plosión formidable. No se conoce aquí el menor esfuerzo; es una nota clara, llena, robusta y prolongada hasta el fin con un brio igual; el público arrebatado de entusiasmo y dudoso sobre la realidad de lo que acaba de oír, pide á voz en grito su repetición, y otra vez esa nota imposible tan sonora y tan limpia como antes resuena en el teatro. Renunciamos á describir el efecto que produce todas las noches en el público; los aplausos se suceden sin interrupción; la ópera queda suspendida, y Tamberlik debe presentarse en la escena cinco ó seis veces á recibir una ovación de que no hay ejemplo reciente en el Teatro Italiano de Paris.

El fenómeno es digno por cierto de toda la admiración que causa, y no queremos nosotros rebajar ni un ápice del valor que le corresponde; pero si repetiremos que prescindiendo de ese grito sobrenatural, Tamberlik es un artista consumado: su voz sobre cuya extensión nada diremos ya, es suave y hermosa en el tono regular, y en los extremos del registro manifiesta siempre una seguridad imponderable; dice los recitados con mucha inteligencia, y por último conoce la parte mimica: y en el papel de Otelo que es el único que le hemos visto, acciona con mucha libertad y desembarazo.

Las representaciones de Tamberlik han sido pocas; llegado al fin de la temporada no ha hecho mas que aparecer y desaparecer dejando á los parisienses embelesados y dispuestos á recibirle en triunfo cuando vuelva: rara vez concede este país una hospitalidad artística tan generosa á los que traen una reputación hecha en otra parte. Sin embargo, los ajustes que tiene pendientes este artista en Inglaterra y en Rusia harán difícil su regreso al menos por un tiempo largo.

De todos modos su venida actual ha cerrado brillantemente la temporada del Teatro Italiano, y sus últimas funciones han tenido un lucimiento considerable. La alta sociedad de Paris se ha despedido en ellas de los placeres del invierno, y ya los viajes á los baños y las emigraciones campestres forman la conversación á la orden del dia. No obstante, el teatro no cerrará sus puertas á fines de abril, y los cantantes se verán reemplazados definitivamente por la compañía dramática de la Ristori, que este año, desde primeros de abril y alternando con la ópera, ha comenzado sus representaciones con el éxito de costumbre. Pero la Ristori no llama ya la atención como una novedad, sino que se encuentra comprendida en la categoría de una artista francesa que trabaja en un idioma extranjero; los parisienses han hecho su reputación y llegarán á contarla como una de sus glorias.

La suscripción en favor de M. de Lamartine no ha tomado hasta ahora el mayor incremento. Es verdad que los comités se están ocupando aun en los preparativos de organización para que el público pueda depositar las ofrendas en otros lugares que en las redacciones de los diarios. El gobierno interviene en este asunto de honra nacional, y parece ser que el nombre del emperador figurará á la cabeza de las listas por una suma de 10,000 francos. Tan alta iniciativa no dejará de producir fructuosos resultados. El comité lionés ha dirigido á los periódicos la comunicación siguiente:

«Se han puesto en venta todas las propiedades de M. de Lamartine: dentro de algunos dias la casa donde ha nacido, el campo que toca á las sepulturas de la familia no pertenecerán ya al gran poeta que ha colocado los nombres de Milly, de Saint-Point y de Monceaux en el eterno dominio de las letras francesas. Tan cruel sacrificio es insuficiente para libertar al ilustre escritor de sus apuros pecuniarios, cuyas nobles causas conocen todos sus amigos. Durante largos años la riqueza de M. de Lamartine ha sido el presupuesto de los rústicos trabajadores vecinos de su casa. ¡Cuántas miserias secretas han encontrado un alivio! ¡Cuántos talentos en flor han podido llegar á su madurez á beneficio de esa fuente generosa! En presencia de tamaño desastre ha habido en Macon primero y luego en Paris una explosión de simpatía.

» Varios amigos se reunieron espontáneamente para volar al socorro del amigo, del poeta admirado. Un solo recurso les pareció correspondía á la extensión y á la nobleza de ese infortunio: el llamamiento á la Francia, una suscripción nacional. M. de Lamartine animoso siempre se opuso á esto; rechazó todo medio de salvación que no consistiera en su trabajo propio. Sus amigos exigieron como un deber que se sometiera á esa manifestación de la admiración y de la gratitud del país, y debió abdicar su voluntad entre sus manos.

» Ya se ha formado en Paris un comité para la liquidación de sus negocios. Como de antemano se considera insuficiente la venta de las tierras, el complemento de la suma necesaria debe obtenerse de la suscripción. M. de Lamartine asiste á los esfuerzos de sus amigos con resignación, reservándose solo la pluma que desde hace cuarenta años constituye la gloria de las letras.»

Sigue un llamamiento particular á la ciudad de Lion, y la circular concluye de este modo:

«No se trata de constituir á la superioridad intelectual una dotación magnífica; trátase únicamente de saber si el poeta mas grande de nuestro tiempo, en cambio del brillo que ha dado á su época y á su país, obtendrá de nuestros esfuerzos el reposo y la dignidad en su vejez. Seria injuriar á la Francia el ponerlo en duda.»

En vista de la lentitud con que marcha la suscripción, se dice que Alejandro Dumas reunió en su casa á varios autores dramáticos de los mas famosos y les hizo la siguiente proposición: cada uno de ellos escribiría una pieza que se ejecutaría una vez no mas; los billetes para esta representación única se venderían á cuarenta francos y se mandaría el producto al comité. — Desgraciadamente la proposición no fue aceptada.

Sin embargo, creemos que cuando los comités oficiales abran las listas en las alcaldías de Paris, como está prometido, y se conozcan las sumas recaudadas en la corte imperial, los numerosos amigos y admiradores del ilustre poeta se apresurarán á contribuir á esta obra patriótica.

Un periódico científico «la Union medical» publica á guisa de crónica el diario de un práctico de Paris que se da el nombre de «doctor Simplicio», á quien le pasan en el ejercicio de su profesión cosas características. Vamos á extractar el re-

lato de sus aventuras en la primera semana del mes de abril para dar á nuestros lectores una idea de esta crónica curiosa.

1º de abril. — «Se suplica al señor doctor Simplicio que tenga la bondad de pasar inmediatamente á casa de la señora condesa de ***, calle de Anjou, núm...»

¡Bravo! dije yo al leer esta carta; ya se me abren las puertas del gran mundo.

— Tiene Vd. que afeitarse, exclamó Francisca.

— Me falta tiempo.

— A lo menos póngase Vd. una camisa limpia.

— No puede ser, corro adonde me llaman.

Efectivamente no necesitaba vestirme de lujo. Tratábase de un pobre mozo de las caballerizas que acababa de recibir un par de coces en el vientre y que se retorcia de dolor en un camastro que habia en la misma cuadra.

Me habian llamado para que declarase que la herida de aquel infeliz era muy grave y que se le debia trasladar al hospital.

— Si la señora condesa, respondí, no tiene otra alcoba mejor que dar á este hombre, mucho mejor estará en el hospital que en ese camastro.

La señora condesa me dió tres francos por mano de un lacayo con una librea llena de galones de oro.

3 de idem. — Un maniático me ha tenido en consulta cerca de dos horas, y luego me dejó sobre el velador tres francos cincuenta céntimos en moneda menuda, envueltos en un papel.

Creí verme libre ya de su presencia, cuando volvió de la antesala á preguntarme si debia tomar fria ó caliente la bebida que le habia recetado.

— Tibia, le respondí.

El hombre añadió cincuenta céntimos á la cantidad susodicha.

Al cabo de algunos segundos volvió á entrar preguntándome:

— ¿Y á qué temperatura debe estar el agua del baño?

— El agua debe estar algo fresca, le respondí.

Estas palabras me valieron otros cincuenta céntimos.

Por tercera vez penetró pidiendo explicaciones sobre el método higiénico que le habia propinado, y este complemento de consulta me produjo otra monedilla de cincuenta céntimos.

Por fin salió: mas de dos horas de conversación por cinco francos.

4 de idem. — Un caballero muy bien puesto, me anunció Francisca, habia venido á verme durante mi ausencia.

— No está, le dijo la criada.

— Pues desearia escribirle dos renglones.

— Pase Vd. á su gabinete.

El desconocido me dejó un papel en que leí:

«Señor doctor Simplicio: Haga Vd. el favor de ir lo mas pronto posible á casa de M. X..., consejero de Estado, calle de la Pepiniere, nº 10.»

Corrí inmediatamente; pero ni en la casa indicada ni en ninguna de las casas de la vecindad conocian al tal M. X... Me figuré que habria leído mal; sin embargo, no era así. Consulto el almanaque Didot; ningún consejero de Estado tiene semejante nombre.

Entonces me figuré que aquello era una burla; pero ¡ay! habia algo peor: habia sido víctima de un ladrón astuto que me robó un hermoso sello de plata, regalo de mi amigo Benito.

He prohibido á Francisca que deje entrar á nadie en mi gabinete durante mi ausencia.

5 de idem. — Un comerciante de mi barrio, hombre de bien á carta cabal, vino á prevenirme que su señora queria consultarme. Tiene delicado el pecho, añadió, y deseaba saber si era necesario enviarla á tomar las aguas de Canterets, como su médico se lo ordena hace dos años.

— ¿Entonces su señora de Vd. tiene un médico?

— Sí, pero ya no le inspira confianza, y quiere recurrir á sus consejos de Vd.

Con efecto, á la hora de mi consulta vino á verme una señora, graciosa de cara y cuyas apariencias no indican que haya motivo alguno para alarmarse respecto de su salud. La examiné con el mayor cuidado; ella se dejó percutar y auscultar seriamente, y concluido mi examen la dije:

— Su pecho de Vd. se encuentra, á mi juicio, en el mejor estado; ¿dónde siente Vd. mal?

La dama me respondió con una novelita cuya conclusion era que necesitaba ir á tomar las aguas. Poco convencido yo de semejante necesidad no quise escribir la receta que me pedia, y se fué de mi casa con mal humor, olvidándose de pagarme los honorarios.

Mi amigo Benito se echó á reír viendo que yo no comprendia el interés que podia tener la esposa del comerciante en ir á tomar las aguas.

6 de idem. — La señora viuda de H... me convida á comer!... ¿Porqué me convida cuando ni siquiera la conozco?

Esta pregunta me hacia yo después de haber leído una esquelita litografiada en papel de color de rosa, cuando entró Benito.

Benito todo lo sabe y lo conoce; él me dijo que hay en Paris una multitud de mujeres equívocas que viven poniendo en planta los medios mas vergonzosos. La supuesta viuda da convites á fin de poder inmolar después del banquete á sus convidados en una mesa de lansquenets ó de otros juegos por el estilo. A pesar de su vigilancia extraordinaria, la policia no puede sorprender todos esos garitos que á veces se disimulan con las apariencias mas dignas de respeto.

7 de idem. — Otra buena señora cuya enfermedad ha exigido un examen muy largo y una consulta escrita muy extensa, y que olvidó el bolsillo. ¡Qué frecuentes son estos olvidos con los médicos!

Benito me induce á tomar los nombres y señas de las casas de todos esos aficionados á las consultas gratuitas. Pero yo creo que un médico es como un confesor; no puede preguntar el nombre á una persona que deposita en él su confianza.

«No he visto mas que heridas, decia un gran cirujano, no he visto caras.»

Por casualidad conozco el domicilio de la dama en cuestion. Benito me dice que debo enviarla una tarjeta bajo un sobre, que será un aviso suficiente dirigido á ella sola.

8 de idem. — El recurso era bueno; he recibido bajo un sobre y por el correo un billete de 200 francos con mi tarjeta.

Es hombre de cabeza mi amigo Benito. Le he convidado á comer para las Pascuas.

Concluiremos con una noticia que puede interesar á aquellos de nuestros lectores que se propongan visitar la capital de la Francia dentro de algun tiempo. Háblase de elevar en el boulevard de Sebastopol, esa nueva y magnífica via de la capital recién inaugurada, un hotel de proporciones tan grandiosas que aventajarán á todos los principales que se conocen en el universo. Tendrá veinte y cinco salones, veinte y cinco comedores, tres mil cuartos, tres mil camas, tres mil criados, tres mil habitantes; será el *Levitan* de los hoteles. A esto hay que añadir que el mármol y el oro brillarán por todas partes; que habrá grandes comidas, caballos, coches, todas las elegancias de la vida opulenta; y todo ello por la módica suma de 20 francos diarios! El progama es asombroso, pero hasta ahora no es mas que un programa.

MARIANO URRABIETA.

JEFTÉ.

(Leyenda bíblica. — Conclusion.)

CANTO SEGUNDO.

Desde entonces cundió en Israel la costumbre, y se ha conservado el uso de juntarse los hijos de Israel una vez al año y de llorar á la hija de Jefté de Galaad por cuatro dias.

(I, Jueces, XI, 39 y 40.)

Oid, sus alas tiende
El ángel de la noche,
En breve sombra y calma
Su manto nos dará;
La luna entre las nubes
Parece blanco broche,
Triste ilusion del alma
Que á oscurecerse va.

Un hombre á su reflejo
Penetra al bosque umbrío,
Con frente macilenta,
Con cauteloso pié.
¿Qué busca de ventura
Su corazon vacío?
La sombra el duelo aumenta,
La sombra ansia Jefté.

De flores coronada
A Seila llevó un dia
A Silo, donde mora
El arca del Señor;
Y al ofrecerla al cielo
Cual víctima sagrada,
Jefté desaparecia
Con grito aterrador.

Despues, caudillo siempre
Severo é impasible,
Ni llanto dió á sus ojos,
Ni queja á su afliccion;
Y vírgenes y esposas
Juzgándole insensible,
Dijeron con enojo:
¡No tiene corazon!

Mas todo ¡ay! en la tierra
Se calma ó desvanece,
El valle que se inunda
Recobra su matiz,
Al sol que se levanta
La noche desaparece,
La herida mas profunda
Se torna en cicatriz.

Brillara Seila un punto
Cual dicha transitoria,
Como de espuma leve
Magnífico joyel,
Guardando la memoria
De su existencia breve
Tan solo en sus cantares
Las hijas de Israel.

Del sexto aniversario
En alas de los vientos
Las lígubres endechas
Aun se oyen resonar.
Jefté que á solas vaga,
Acoge sus acentos,
Que como rudas flechas
Le hieren al pasar.

Llorad, el canto dice,
La humana bienandanza.
Que es sueño de los mares
Matiz del vendaval.
Llorad, Jefté murmura,
La luz de mis hogares,
La flor de mi esperanza
Tronchada por mi mal.

EL CANTO.

Llorad, llorad por Seila,
Lucero oscurecido,
Mas bello no naciera
De Dan á Bersabée.

JEFTÉ.

El tiempo vuestra pena
En canto ha convertido,
El tiempo hace mas fiera
La angustia de Jefté.

EL CANTO.

Fué pura cual la nieve
Que el Libano blanquea,
Sublime cual los cantos
Que escucha Adonai.

JEFTÉ.

Por eso en holocausto
De la nacion hebrea
El Santo de los santos
La quiso para sí.

EL CANTO.

Agona de encontrarla
Corriera hácia la muerte,
Pasó sin dejar huella
Cual blanca exhalacion.

JEFTÉ.

¡Señor, árbitro sumo
De toda humana suerte,
Perdona si por ella
Solloza el corazon!

EL CANTO.

El triunfo nos corona,
La victima se muestra,
El pueblo se arrodilla,
Recíbelas Jehová.

JEFTÉ.

¡Señor, tú me la distes!
¿Tu arcano quién penetra?
¡Yo acato, aunque me humilla,
Tu santa voluntad!

Y alájense los cantos; y el caudillo
Como si de repente

El denso porvenir viera patente,
Grita agitado con extraño acento:
De oculta luz al desusado brillo
Mi planta toca su entreabierta tumba,
Los años á los años se atropellan,
Y á través de los siglos que derrumba
El tiempo en su carrera,
Otro holocausto con angustia fiera
En bienes miro y en virtud fecundo,
¡Se inmola un Dios y se redime el mundo!

MARIA MENDOZA DE VIVES.

Historia.

¿EL TITULO DON HA SIDO SIEMPRE DISTINTIVO DE NOBLEZA?

Como este tratamiento se ha generalizado tanto y son ya pocos los que se contentan con un *Don* á secas, sino que quieren que preceda al *Don* el de *Señor*, haciéndose llamar *Señor Don Fulano de tal*, vamos á decir algo acerca del origen é historia de este título ó tratamiento.

Es de origen español, derivado de la palabra latina *dominus*, señor; bien que algunos suponen viene de *Don, done*, palabra vascongada abreviada que significa *santo*, fundados en que en un principio no se habia dado este título sino á los santos, hasta que despues de la invasion de los árabes le dieron los españoles junto con el título de rey á Pelayo.

Covarrubias dice que podria venir de la palabra hebrea *adon*, en latin *dominus*, que de ordinario se pone en plural *adonai* quitada la primera letra.

Otros suponen que Fruela, segundo rey de Leon, fué el que introdujo el *Don* en España; mientras que algunos dicen que no empezó á usarse hasta por los años 1400 en tiempo del rey Don Juan II de Castilla y de Leon, no teniendo entonces este tratamiento sino los primeros personajes.

Gil Gonzalez de Avila, citado por el ilustrado benedictino P. Liciniano Saez, dice que «el título de *Don* solamente se daba á los reyes, infantes, prelados, maestros de órdenes militares y á los grandes señores que entonces se llamaban ricos hombres, y que fuera de estos se daba un premio de señaladas hazañas que se hacian en servicio de Dios y de los reyes, ganando reinos,

descubriendo nuevos mundos y poniendo en cadenas reyes bárbaros; que el Rey Católico premió con el título de *Don* al conde de Cabra, alcaide de los Donceles, por haber puesto en prision al rey Chico de Granada; que á Colon se lo dieron por haber descubierto el Nuevo Mundo; que en Castilla fueron tan observantes, que mientras no llegaban á ser maestros, dignidades ó ricos hombres, no se aprovechaban de tal título; y que esta es la causa porque unas veces nombra la historia á Ruy Lopez Dábalos sin él, y otras veces con él, y lo mismo á otros grandes señores, y que el que así no era, aunque fuese hermano de maestro, no se alargaba á tal cosa.»

Sin embargo, esta opinion es confutada por el P. Liciniano, diciendo: «que ni en los tiempos de Don Enrique, ni de Don Juan, ni en los anteriores y posteriores se halla cosa fija tocante al uso del *Don*, porque desde el siglo VII hasta el XI se estiló mucho dársele á los santos, como se ve en los privilegios y donaciones que empiezan *Domnis Sanctis videlicet atque gloriosis et post Deum nobis fortissimis Patrenis*, ó poniendo *Domnis* en lugar de *Domnis*; y en el siglo XIII se le dió el poeta Berceo á Jesucristo:

En el nomne de Dios
Que fizo toda cosa
E de Don Jesucristo
Fijo de la gloriosa,
E del Espiritu Santo
Que igual de ellos posa,
De un confesor santo
Quiero fer una prosa.

A los reyes se les daba tambien algunas veces, y otras los de *Gloriosisimos, Dominisimos, Firmisimos, Serenissimos, Ilustrisimos, etc.*, y otras no les dan dictado alguno sino: *Ego Ranimirus* vel *Ego Ordonius Rex*.

Con los grandes ó ricos hombres practicaban lo mismo, desnudándoles á veces de los dictados honoríficos y adornándoles otras con los de *Optimates, Seniores, Magnates, Potestates, Nobiles, Domni* ó *Domini* y otros.»

«A los obispos los daban tambien *Don* á veces, y á veces los titulaban *Seniores, Venerabiles, Venerandi*, y con estos mismos títulos honraban tambien á los abades y con los de *Pater, Pater noster, Pater spiritualis*, y otras no les dan título alguno.»

«Escrituras antiguas hay, continúa el P. Liciniano Saez, en que el rey tiene *Don* y la reina no. Muchas que dan *Don* á la reina y se lo callan al rey; algunas en que ni al rey ni reina se le dan y sí á los infantes: otras que no á todos los infantes, sino á algunos de ellos: otras que á las infantas y no á los infantes; otras que no á todas las infantas y sí á una ó dos; muchas que á ninguna persona real y sí al obispo; algunas que á un obispo ó dos y no á los otros: otras que á ningun obispo y sí á los abades ó á alguno de ellos.»

«Esta misma variedad se encuentra respecto de los ricos hombres; pues hay escrituras que á ninguno llaman *Don*; en otras escriben con él uno ó dos, y los demás sin dictado alguno. Por último, se hallan escrituras que no dando *Don* al rey, reina, infantes ó infantas, ricos hombres, obispos y abades, se le dan á algun testigo ó confirmante ó al notario que autorizó el instrumento.»

Y para mayor comprobacion de que el uso del *Don* no era tan exacto y constante como supone Gil Gonzalez, vemos en las crónicas y archivos que se da á cada paso *Don* á los moros y judíos: *Don Abrahen* y *Don Levi*, no reyes, infantes, prelados, ricos hombres, etc., sino unos pobres carpinteros, sastres, médicos ó arrendadores de los derechos reales, que no habian emprendido otras hazañas ni acabado mas acciones gloriosas que haber puesto en cadenas, no á reyes bárbaros, sino á infelices cristianos que no les satisfacian los empréstitos usurarios ó débitos de alcabalas ú otros pechos que tenían arrendados.

En corroboracion de esto leemos en el poema del Cid que halagando Ruy Diaz á los dos judíos de Burgos les decia:

Ya Don Raquel é Vidal habedesme olvidado, etc.

Y últimamente en la ley 6ª, lib. 10, tit. 2 del Fuero Juzgo se dice en un mandamiento de ejecucion á un alguacil:

E vos, Don Sayor, non tomades en de nada, etc.

Así pues, como dice el erudito benedictino citado, nada hay de cierto tocante al uso del *Don* en los tiempos remotos, con lo que deben despreocuparse aquellos que creen que el *Don* ha sido siempre distintivo peculiar de la nobleza.

Sin embargo el mismo autor concluye diciendo que en propiedad solo tenían *Don* los duques, condes y marqueses, y se funda en que á estos solamente se le concedian los reyes en los títulos que les despachaban de dichas dignidades, expresando entre las demás prerogativas con que los distinguian, la de que se pudiesen llamar *Don*.

Al expedir en Granada los Reyes Católicos en 30 de abril de 1492, á favor de Cristóbal Colon el título de almirante, visorey y gobernador de las islas y tierra firme que descubriese, etc., pusieron:

E vos podades dende en adelante llamar é intitular Don Cristóbal Colon, etc.

En las pruebas de la historia genealógica de la casa real portuguesa de Sousa, citada por Clemencin, hay una ley de Felipe III del año 1611, declarando las personas que pueden y las que no pueden usar el *Don*, tanto hombres como mujeres. Y en las reglas para la me-

dia anata de mercedes establecidas en 5 de julio de 1664, se lee: « Los títulos de *Doñes* en 200 rs., y siendo por dos vidas en 400, y siendo perpetuamente en 600, todos de plata, por ser para la corona de Aragon é Italia. » Fuese luego propagando extraordinariamente el uso del *Don*, en justificación de lo cual pudiéramos recordar varias críticas, y no fué de los que menos cargaron la mano el festivo é inimitable Cervantes. En efecto, viendo el abuso que en su tiempo se hacia de este título, se propuso ridiculizarlo, haciendo que su héroe le tomase, y en el capítulo III de la primera parte del *Quijote*, despues que aquellas dos mujeres del partido, llamadas *la Tolosa* y *la Molinera* hubieron ceñido la espada y calzado las espuelas á Don Quijote, pidiólas encarecidamente se llamasen de allí en adelante *Doña Tolosa* y *Doña Molinera*.

Este abuso, dice Pellicer en una de sus notas al *Quijote*, refiriéndose á Guardiola, contemporáneo de Cervantes, principió á introducirse en España en tiempo de Enrique IV, continuando en el de los Reyes Católicos; y añade tambien que los judíos eran los que mas afectaban el *Don*; que en su tiempo le usaban la gente baja y hasta las mujeres públicas, especialmente en Andalucía.

Otro autor declaró los inconvenientes de la muchedumbre de estos dones diciendo: « Tambien es causa de haber muchos holgazanes ó muchos fascinosos la licenta abierta que hay para que cada cual se pueda llamar *Don*, pues apenas se halla ya hijo de oficial mecánico que no aspire por este camino á ennoblecerse, de que resulta, que impedidos con su falsa nobleza, no se pueden acomodar á oficios ni ocupaciones incompatibles é indignas de quien se llama *don*; y así este género de gente, sin hacienda para sustentar el *Don* que se puso para venir á servir de paje, y sin oficio para sustentar la persona, es el que emprende enormes delitos; de que se tiene suficiente experiencia en esta corte. »

Los reyes franceses de la segunda raza usaron tambien alguna vez el título de *Don*. Onufrío dice que este título se dió primero al papa solamente, luego á los obispos y abades, ó á aquellos que tenían alguna dignidad eclesiástica, ó eran recomendables por su virtud y santidad, y últimamente que le tomaron los simples monjes.

Fundados en lo que algunos autores aseguran como hemos insinuado, que los primeros que se firmaron con *don* fueron los judíos y gentes de pobre extraccion, siendo por lo mismo entonces un dictado bajo, los carujos lo tomaron para sí como un tratamiento el mas humilde y ordinario, propio de la última clase de la sociedad, y para sufrir, como dice nuestro cronista Pujades, la afrenta que entonces llevaba consigo el título de *Don*.

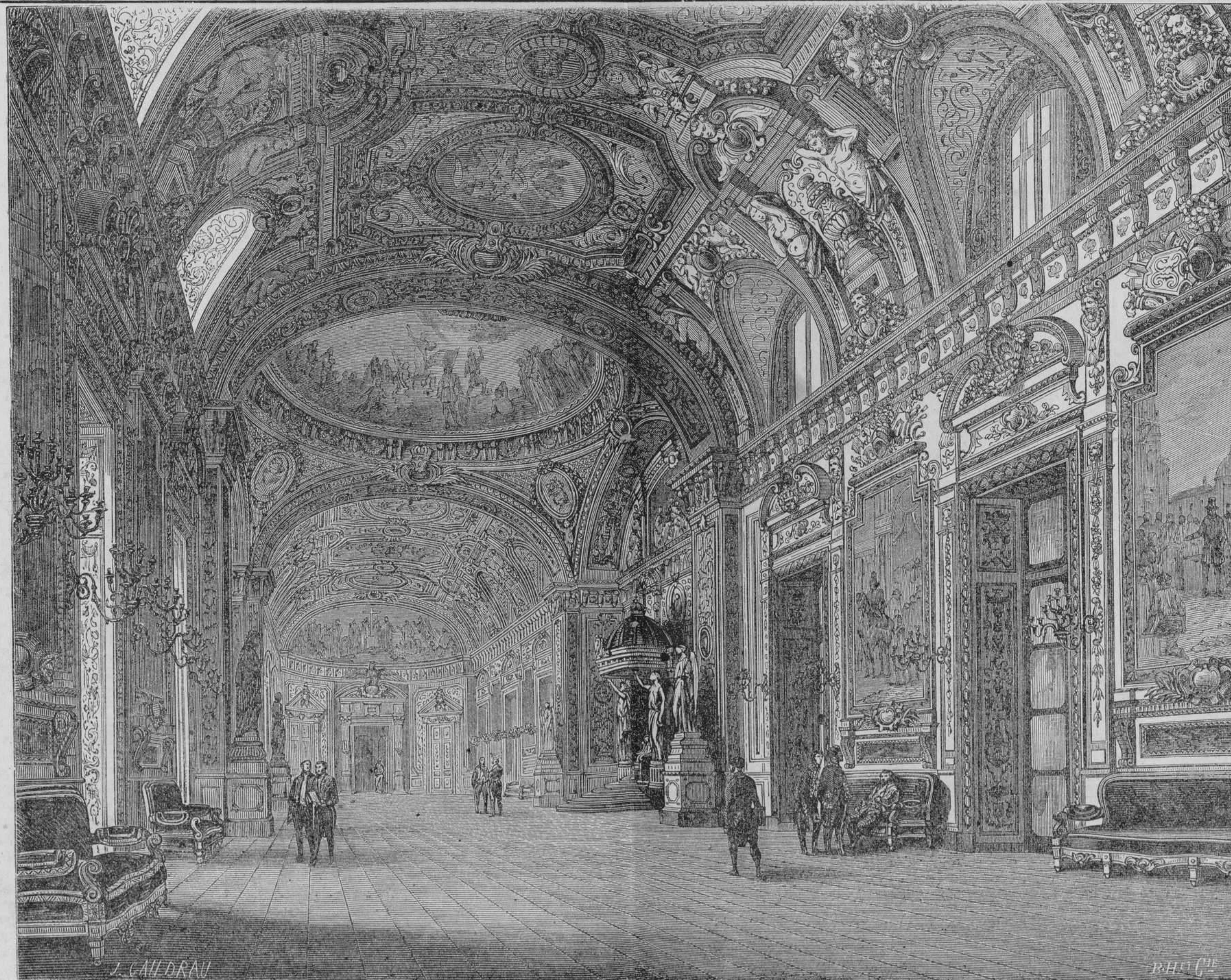
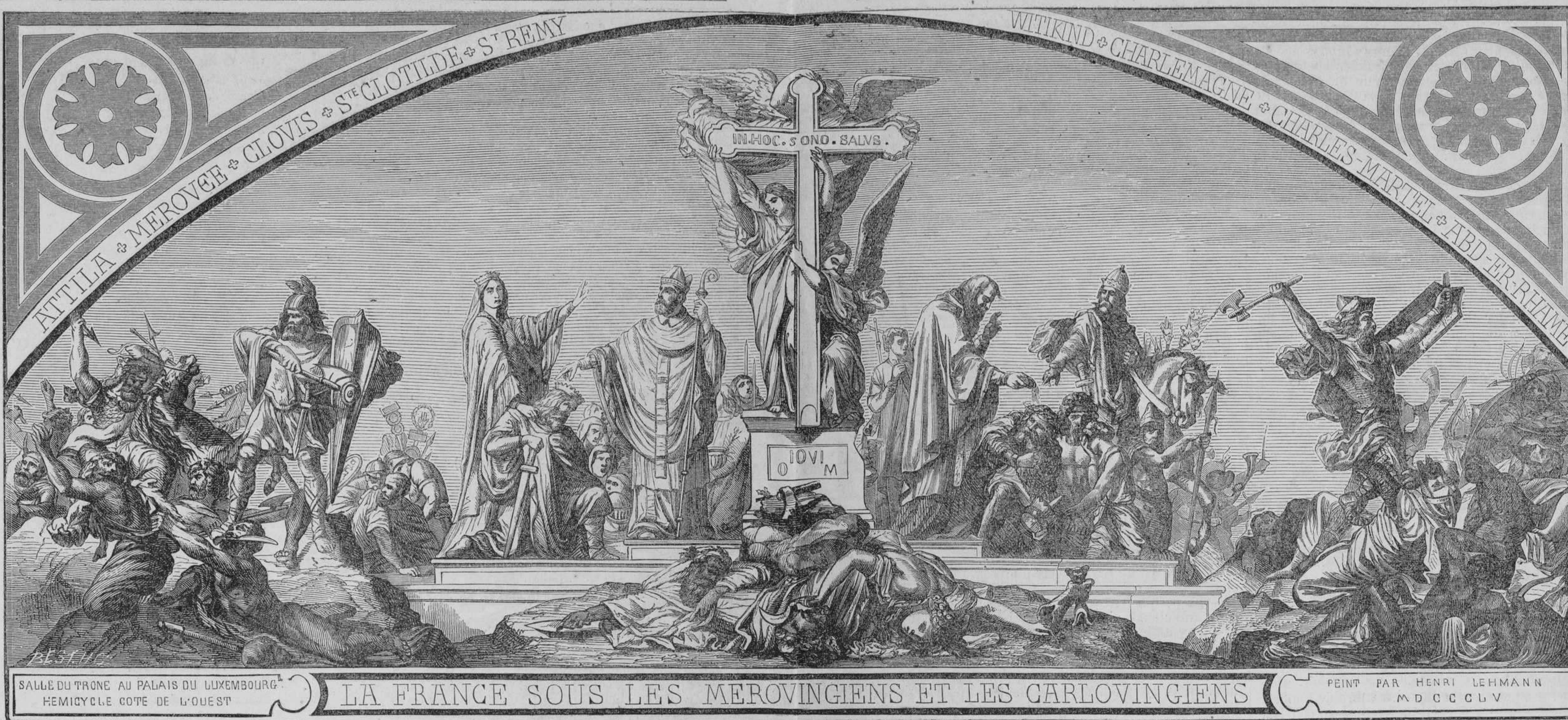
Sin embargo, otros afirman y tal vez con mas fundamento, que san Bruno dió el tratamiento de *Don* á sus monjes, para expresar la excelencia del carácter sacerdotal; y que por lo mismo al paso que lo dió á los monjes de coro ó de misa, lo prohibió á los legos.

V. JOAQUIN BASTUS.

El salon del Trono en el Senado.

Acaba de inaugurarse en el palacio del Luxemburgo una hermosa galeria destinada á servir de salon del Trono, en el primer piso del cuerpo principal del edificio, en el fondo del patio de honor que da frente á la calle de Tournon. Esta galeria tiene nueve ventanas de fachada. M. de Gisors, el arquitecto del palacio, ha desplegado en su ornamentación un lujo extraordinario. Copiando sus motivos del estilo decorativo de diferentes épocas, de las fantasías ingeniosas y elegantes del

arte del renacimiento, de las suntuosidades del siglo XVII y tambien de los ornatos menos caracterizados del siglo XVIII, ha sembrado con profusion los detalles y las formas, dando prueba de gran habilidad en el arte de combinar elementos tan variados y á veces tan heterogéneos. El oro que entra en todas las cosas de nuestros dias, tenia aquí un empleo natural y legitimo; así es que le vemos por todas partes, y á fin de que hubiese alguna variedad en esa riqueza monótona, los adornistas han gastado oro de diferentes matices, combinándole tambien con la plata. En estas condiciones el techo parece la obra de un joyero; pero se trataba de hacer una cosa de mucho lujo, y se ha conseguido este fin evidentemente.



El Salon del Trono en el Senado.

el edificio todo manifiesta. Estas regias indicadas por el buen sentido y por el gusto se hallan confirmadas por los buenos modelos. Y sin embargo, todos los dias se violan estas reglas. En los inmensos palacios que con tanta rapidez se han elevado en Paris á nuestra vista, sorprende el notar, si no el olvido porque esto es imposible, al menos la ausencia de las nociones elementales. ¿No será quizá una concesion hecha al gusto del dia? El artista en general, y el arquitecto mas que ningun otro, se halla en relacion con el espíritu del siglo y le interpreta. Hay épocas en que la sociedad tiene en el corazón pensamientos nobles y fecundos, en que todos manifiestan señaladamente una aspiracion á un ideal determinado.

Estas son las grandes y hermosas épocas del arte, aquellas en que se muestra creador y original, como en la antigua Grecia y en la Italia de fines de la edad media y de principios del renacimiento. Entonces arquitectos, pintores, escultores, plateros, joyeros, todos hasta el simple alfarero, parecen tener en comun el don de las invenciones fáciles, espontáneas y elegantes. En esas épocas el arte demuestra una misión civilizadora; en las otras no es mas que un asunto de lujo vano y de capricho. ¿Cómo entonces la arquitectura demostraria una idea en los monumentos que elevase, cuando la idea se halla ausente en el centro social donde se inspira? Todo lo que puede hacer es repetir mas ó menos bien el pasado.

El salon del Trono del palacio del Luxemburgo y su decoracion han servido de punto de partida á las reflexiones que preceden, porque no hemos podido encontrar la unidad de pensamiento indispensable en tales obras; pero al mismo tiempo hemos querido poner en evidencia la parte que le toca al siglo actual en las criticas que podrian hacerse de esa decoracion. No queremos entrar en un examen de los detalles que sin duda seria enojoso; pero señalaremos uno nada mas. En medio de la galeria hay un techo con una cúpula y debajo se halla el trono; aquí principalmente los emblemas decorativos deberian tener una significacion inequívoca. Ahora bien, ¿qué relacion existe entre el trono y esos jarrones de flores, estilo de gabinete, colocados en la cúpula, motivos vulgares en sí mismos y que lo son mas aun por la posicion que ocupan?

Ese lugar donde está el trono que corta en dos mitades la galeria, es la parte menos feliz, primero por el trono que es del estilo mas pesado (dicen que es una reliquia del primer imperio); y despues por la pintura de la cúpula representando la apotheosis de Napoleon I, y que es á la vez una alegoria bastante oscura y un frío conjunto de colores sin carácter ninguno. Enfrente y sobre el trono MM. Balze han pintado composiciones alegóricas, de las cuales la última descubre las reminiscencias de la larga familiaridad que ambos hermanos han tenido estudiando en Roma las obras de Rafael.

Las dos pinturas capitales del salon del Trono son las de los hemiciclos de las extremidades por M. Enrique Lehmann. Difícil era aquí la tarea del artista; trataba-se nada menos que de sacar á luz la historia de la monarquía y de la civilizacion francesas. A decir verdad, las comisiones encargadas de dar los programas deberian evitar esos caprichos pictóricos. Se conoce que son literatos, pues nunca los pintores condenarian á un artista á tratar en semejantes condiciones una tesis tan desmesurada.

Hé aquí el asunto del primero de los hemiciclos de M. Lehmann, reproducido entre nuestros dibujos:

La Francia bajo el reinado de los merovingianos y de los carlovingios, nace á la fe y á la independencia. En el ángulo izquierdo Merovee rechaza la invasion de Atila y de sus salvajes compañeros. Es un papel exagerado que le da la composicion; pues Merovee, jefe os-



La Paz, pintura de M. Bruns.



La Guerra, pintura de M. Bruns.

curo de una pequeña tribu de francos, fué solo uno de los últimos auxiliares del general romano Aecio, puesto que una gran parte de los francos marchaba en aquel sangriento combate del mundo bárbaro, entre las hordas de Atila. Detrás de Meroveo en segundo término se halla representado Aecio moribundo, capricho extra-histórico del programa, pues Aecio murió tres años después de la batalla asesinado por el emperador Valentiniano. Preciso es aceptar este episodio únicamente como una representación simbólica de la caída del imperio romano, que con efecto tocaba entonces á su última hora, y estaba para comenzar el mundo nuevo de la edad media. En el ángulo derecho figura un héroe, Cárlos Martel, á quien debe la Francia el no haber sido árabe. En el centro está figurada la idea del cristianismo elevándose sobre las ruinas del paganismo romano y del culto de los druidas. A la izquierda de la cruz Clodoveo recibe el bautismo; á la derecha Carlo Magno vencedor le impone á Witikindo y á sus sajones.

El segundo hemisiciclo se halla consagrado á la Francia bajo los Capetos, los Valois y los Borbones. A la izquierda Pedro el Ermitaño predica la cruzada. El grupo que está despues representa á Felipe Augusto combatiendo las provincias ligadas con el imperio y fundando la unidad del reino. En medio de la composición Juana de Arco elevada en un pedestal tiene en una mano el estandarte y en la otra el acero vencedor de los ingleses extendidos á sus piés. Sobre ella está el arcángel que la guía. La figura de Juana de Arco forma el centro de dos grupos, de los cuales el uno, á la derecha, representa á San Luis dictando sus establecimientos bajo la inspiración de la Justicia y de la Piedad; y el otro, á la izquierda, se compone de una reunión de personajes nada púdicos (Francisco I el mocetón libertino, Benvenuto Cellini, Rabelais y el bufon Triboulet), cuya proximidad á la casta y santa doncella es algo chocante. No debe esto recaer sobre el artista, pues el espacio limitado de que podía disponer no le dejaba el recurso de las transiciones. Detrás de ese grupo una figura de jóven, con cabellera rubia y sembrada de perlas, arranca con atrevimiento el paño que cubría á la antigüedad bajo la figura de Minerva; ¡acertada alegoría! En pos de Francisco I y del Renacimiento está Enrique IV á caballo en medio de los soldados de la Liga desarmados y de las discordias civiles apaciguadas. Por último, en el extremo derecho del hemisiciclo Luis XIV en pié sobre un estrado y rodeado de los hombres ilustres de su época, representa el apogeo de la monarquía.

Cada uno de los hemisicilos tiene trece metros de largo. Era un vasto campo ofrecido á un pintor para desarrollar una composición bien ligada, concebida libremente y dispuesta en virtud de las inspiraciones del arte y del gusto; es de sentir que al confiarle á M. Lehmann le impusieran las duras exigencias de un programa desmesurado. Pero si su libertad ha estado encadenada, al menos ha conservado su fuerza en medio de sus obstáculos. Es imposible manifestar un pensamiento con mas claridad que lo ha hecho él sobre todo en el hemisiciclo reproducido por el *Correo de Ultramar*. La parte religiosa del asunto tenía aquí su unidad: es el triunfo de la Cruz y de la Iglesia convirtiendo una porción del mundo bárbaro para triunfar de la otra mitad idólatra, y sobre todo para destruir al paganismo decrépito.

El otro hemisiciclo se compone de elementos demasiado encontrados para que su discordancia no salte á primera vista. A falta de la unidad intelectual del asunto, el artista introduce la que podía haber por la acertada disposición de las masas y por un acuerdo armonioso de las líneas. Solo en una parte que por fortuna es secundaria, nos parece existe alguna confusión, es en el primer hemisiciclo el grupo de los ídolos rotos, del sacerdote y de la druida caídos al pié de la cruz, y en el segundo el de los ingleses extendidos á los piés de Juana de Arco.

Algunas figuras del grupo de Atila nos parecen de una ejecución forzada. Pero en medio de las dificultades del asunto un mérito principal brilla en el conjunto de estas composiciones, y es la dignidad del estilo, las altas conveniencias de esa pintura monumental con el solemne destino de esa rica galería. Esta cualidad que se manifiesta en la obra de M. Lehmann, pone muy en relieve el penoso contraste de otras pinturas ejecutadas por diversos artistas sobre las paredes de esa galería, con los tonos mas discordantes, y entre las cuales hay muchas que se llaman de historia contemporánea y son de una vulgaridad increíble. M. Lehmann ha sabido dar un carácter épico á su asunto. Sus grupos están bien estudiados y dispuestos; muchas de sus figuras tienen una intención y un dibujo que merecen las mayores alabanzas. Los hemisicilos del salon del Senado son obras que atestiguan el saber del pintor; pero solo ha podido mostrar en ellas una parte de su talento, y es de desear que se le presente otra ocasión de manifestarle entera y libremente.

M. Adolfo Brune ha ejecutado las pinturas de varios medallones de la bóveda y dos composiciones mas importantes que representan una la Paz y otra la Guerra, ambas reproducidas entre nuestros dibujos. En esta última la Francia guerrera recibe de sus hijos de diferentes épocas las coronas que vienen á depositar á sus piés. Cerca de ella está la historia, y en un pergamino desplegado se leen los nombres de varios historiadores célebres.

Las demás composiciones de M. Adolfo Brune son puramente alegóricas; están pintadas con franqueza, y tienen un aspecto bastante agradable, pero la correc-

cion del dibujo y el estilo se hallan un tanto sacrificados al efecto. Las cualidades pintorescas de este artista se refieren á la manera de los buenos pintores del siglo XVIII, y hallarian un empleo adecuado en una decoración monumental concebida segun el carácter de esa época, pero aquí se resienten de la discordancia de tantos estilos contrarios. Este es sin duda en el salon del Trono un inconveniente recíproco entre todas las pinturas, y esa impresion desagradable no debe impedir que hagamos justicia al buen talento de M. Adolfo Brune.

Los cuadros de los entrepaños de la galería, aunque han sido ejecutados por artistas de mérito, introducen mas que ninguna otra cosa el desacuerdo mas singular en la decoración de la galería, y la quitan todo carácter monumental, no solo por la naturaleza de las composiciones, sino por su estilo y su modo de ejecución. Esto proviene de que se ha querido favorecer á muchos artistas que no tienen entre sí ninguna relación simpática de talento; es una prueba de benevolencia, pero no de gusto. La falta de armonía que señalamos no ha podido escapar á los ojos de nadie; pero aun cuando hubiera sido así y todo el mundo estuviera contento con el resultado, la critica no podría menos de decir: *Etiam si omnes, ego non.*

J. D. P.

NOVELAS RUSAS.

SANTIAGO.

(Continuacion.)

Santiago se levantó porque no queria mucho á Assanof; me dijo que se retiraba á una pieza vecina, y que volveria luego que estuviera solo.

Assanof entró en mi aposento. En su rostro encarnado y en su saludo brusco era fácil reconocer que no venia á hacerme una visita ordinaria.

— ¿Qué habrá ocurrido? me pregunté.

— Caballero, exclamó sentándose en un sillón, vengame á que me aclareis una duda.

— ¿Cuál es?

— Desearia saber si sois ó no un hombre de honor.

— ¿Qué significan esas palabras? repuse yo con ira.

— Significan esto, contestó acentuando mucho cada palabra: Ayer os enseñé una cartera donde habia varias cartas que me estaban dirigidas. Hoy, sin ningun derecho para ello, sin ninguno, ¿entendeis? habeis ido á reconvenir á la persona que me ha escrito, y le habeis citado algunos párrafos de una de sus cartas: desearia que me explicárais tal procedimiento.

— Y yo, respondí temblando de cólera y avergonzado á la vez, desearia saber con qué derecho me interrogais. Os dió la idea de ponderarnos la importancia de vuestro tio y de revelarnos vuestra correspondencia: ¿es culpa mia? ¿os ha faltado alguna de vuestras cartas?

— No, es verdad, las tengo todas; pero ayer me hallaba en tal estado que bien habriais podido...

— Caballero, repuse yo con voz mas alta, una sola palabra os diré, y es que me dejeis en paz: ¿ois? Nada quiero saber de vuestros asuntos, y ninguna explicacion tengo que daros; os la daré la que os escribe.

Y mi cabeza se ardia en aquel momento.

Assanof clavó en mí una mirada con mucho empeño de que fuese irónica, y luego se levantó y retorciéndose el bigote me dijo:

— Ahora sé lo que debo pensar. Vuestra fisonomía es el testimonio mas seguro de lo que há pasado; pero debo advertiros que los hombres de honor no se conducen así... Leer una carta que no os pertenece, y luego introducir la turbacion en el corazón de una niña...

— Idos al diablo, exclamé furioso, y enviadme vuestros padrinos; no quiero conversar con vos.

— No teneis que enseñarme lo que debo hacer, repuse friamente Assanof; ya habia yo resuelto enviaros mis padrinos.

Salió, y yo caí sobre un sofá ocultándome el rostro con las manos. Me dieron un golpe en el hombro y miré, era mi amigo.

— ¿Qué has hecho? me preguntó; dime la verdad: ¿has leído esa carta?

No tuve fuerzas para responderle, pero le hice con la cabeza un ademán afirmativo.

Santiago se acercó á la ventana, y luego volviendo á mí me dijo lentamente:

— ¿Has leído una carta de una jóven dirigida á Assanof? ¿Quién es esa jóven?

— Solía Zlotnitzki, respondí como un acusado á un juez.

Despues de una pausa Santiago prosiguió:

— Únicamente el amor te puede servir de excusa hasta cierto punto. ¿Estás enamorado de Sofia?

— Sí.

De nuevo se calló Santiago, y luego me dijo:

— Me lo figuré; y ¿hoy has ido á reconvenirla?

— Sí, sí, exclamé con un acento de desesperacion, ¿y tú me desprecias?

Santiago dió dos vueltas por el aposento y se acercó á mí.

— ¡Le ama! dijo.

— ¡Le ama! repetí.

Mi amigo permaneció un instante con los ojos clavados en el suelo, y despues tomando su sombrero, repuso:

— Debemos remediarlo, es preciso.

— ¿Dónde vas?

— A casa de Assanof.

— No puedo permitirlo, exclamé levantándome con precipitacion; ¡qué pensaria!

— ¡Cómo!... dijo Santiago mirándome fijamente, ¿quieres seguir adelante en la falta que has cometido, quieres perderte y deshonorar á esa jóven?

— ¿Qué dirás á Assanof?

— Trataré de ablandarle; le diré que le pides perdon.

— No quiero pedirle perdon.

— ¿Pues no eres culpable?

Miré á Santiago; su fisonomía serena, pero grave y sombría, me dejó pasmado. Nunca le habia visto semejante expresion. No le respondí una palabra y me volví al sofá.

Santiago se marchó.

¡Cuán grandes fueron mis angustias mientras esperaba su regreso!

Por fin apareció.

— Gracias á Dios, está acabado.

— Has visto á Assanof.

— Sí.

— ¿Qué te ha dicho? ¿Ha estado inflexible?

— No... Esperaba otra cosa, y debo confesarte que no es, como yo lo suponía, un hombre ordinario.

— Y despues de haberle visto ¿has ido á otra parte?

— A casa de los Zlotnitzki.

— ¡Ah!

Mi corazón latió fuertemente, y no me atreví á mirar á Passinkof.

— ¿Has visto á Sofia?

— Sí, la he visto, es una muchacha excelente. Primero estaba un poco turbada y luego se calmó; la habré hablado unos cinco minutos.

— ¿Y se lo has dicho todo... todo?

— La he dicho lo que era necesario.

— Ahora ya no me atreveré á presentarse delante de ella.

— ¿Y porqué? Al contrario, tienes que volver á esa casa, aun cuando solo fuera para no dejar adivinar...

— ¡Ay amigo mio! exclamé yo comprimiendo mis lágrimas; ¡tú me desprecias!

— ¡Yo despreciarte! dijo clavándome una mirada en que rebosaba el afecto mas puro; ¡yo despreciarte! No, no lo creas. ¿Acaso has sido dueño de tí mismo? ¿Acaso no padeces?

Y me tendió la mano; yo me arrojé en sus brazos sollozando.

Algunos dias pasaron durante los cuales se me figuró que mi amigo estaba inquieto. Por fin me resolví á volver á casa de los Zlotnitzki.

No puedo decir cuál fué mi emocion al penetrar en aquella sala. Recuerdo que apenas podia distinguir á las personas que estaban en ella, y que mi voz se hallaba como sofocada en mi garganta.

Sofia tampoco estaba serena. Hizo un esfuerzo visible para hablar conmigo, pero nuestros ojos se evitaban recíprocamente, y cada uno de sus movimientos demostraba la violencia que se imponia para disimular... debo decirlo... un sentimiento secreto de repugnancia.

Traté de abreviar en interés de los dos una situacion tan penosa. Por ventura aquella fué mi última entrevista con ella antes de su casamiento.

Un cambio súbito en mi destino me obligó á marchar á uno de los extremos de la Rusia. Me despedí por mucho tiempo en San Petersburgo de la familia Zlotnitzki, así como tambien de mi querido Santiago, lo que me fué algo mas doloroso.

II.

Siete años transcurrieron. Inútil es referir lo que me sucedió en este tiempo. Anduve errante por las provincias mas lejanas del imperio, y gracias á Dios reconocí que esas regiones no son tan salvajes como ciertas personas se lo figuran.

Un dia de primavera mis funciones me llamaron á una pequeña poblacion de uno de los gobiernos de la Rusia oriental. Al atravesar la plaza distinguí por los cristales del carruaje un hombre cuyo rostro me era bien conocido. Le miré de cerca, y ví que era Eliseo el criado de Santiago. Al punto mandé parar al cochero, me lancé fuera del coche y corrí al criado.

— Buenos dias, le dije con una emocion que apenas podia contener. ¿Estás aquí con tu amo?

— Sí señor, me respondí lentamente. Y luego de repente exclamé: ¡Ah! ¿sois vos? No os reconocia.

— ¿Estás aquí con Santiago Passinkof?

— Seguramente.

— Llévame á su casa.

— Con mucho gusto. Por aquí... estamos en una posada.... ¡Ah! qué contento se va á poner mi amo cuando os vea!

Y al hablar así Eliseo me llevaba por la plaza. Era un kalmuco de origen, sin educacion ninguna y un poco salvaje, pero de un corazón excelente y muy adicto á Passinkof á quien servia hacia diez años.

— ¿Cómo está Santiago? le pregunté.

Eliseo volvió hácia mí su rostro de color de aceituna.

— ¡Ay! respondió, muy mal, no le conoceriais... Me parece que no le queda mucho de vida... Hemos tenido que pararnos aquí, y vamos á Odessa á buscar el último remedio.

— ¿De dónde venís?
 — De la Siberia.
 — ¿De la Siberia?
 — Sí señor; Santiago ha estado empleado allí, y allí ha sido herido.
 — ¡Cómo! ¿Ha entrado en el ejército?
 — No señor, está en el servicio civil.
 — ¡Qué cosa tan extraña! exclamé.
 Hemos llegado á la puerta de la posada, y Eliseo corrió á anunciarme.

Durante los primeros tiempos de nuestra separacion, Santiago y yo nos habíamos escrito con alguna frecuencia, pero luego nuestra correspondencia se habia interrumpido. Cuatro años hacia que no recibia yo noticias suyas é ignoraba su paradero.

— Venid, venid, me dijo Eliseo desde lo alto de la escalera; mi amo desea veros cuanto antes.

Subí una mala escalera, y entré en un cuartito sombrío cuyo aspecto me oprimió el corazón. En una cama estrecha y envuelto en su capa yacia mi amigo pálido como un difunto. Me alargó una mano débil, temblorosa y descarnada. Yo le abracé con una especie de transporte convulsivo.

— ¡Santiago, Santiago! exclamé; ¿qué tienes?
 — Nada, me respondió con una voz débil; pero tú ¿porqué casualidad estás aquí?

Me senté junto á su lecho, y con su mano en la mia examinaba atentamente su rostro. Reconocí muy bien las facciones de mi amigo; la expresion de su mirada y de su sonrisa era la misma. Y sin embargo, ¿cuánto habia cambiado su fisonomía el mal que le aquejaba!

Al instante notó la impresion que su aspecto producia en mí.

— Hace tres dias, me dijo, que no me he afeitado y mi pelo está en desorden; pero... no tengo nada.

— Explicame lo que me ha dicho Eliseo: ¿has sido herido?

— Sí, es toda una historia; te la contaré en otra ocasion. He sido herido, y no adivinas cómo... con una flecha.

— ¿Con una flecha?
 — No con la flecha mitológica del amor, sino con un dardo de una madera ligera con un hierro agudo á la punta. Es terrible ese proyectil, sobre todo cuando toca á los pulmones.

— ¿Y cómo tuviste esa desgracia?
 — Voy á decírtelo. Ya sabes que en mi destino todo debe tener un carácter singular. Acuérdate de aquella correspondencia estrambótica que debí sostener para hacerme con los papeles necesarios á fin de entrar en la universidad; mi herida es tambien un hecho extraordinario. En la época en que vivimos, ¿qué hombre civilizado ha sido herido por una flecha, y no jugando, sino en un combate?

— Cuéntame el suceso.
 — Hé aquí lo ocurrido. Recordarás que poco tiempo despues de tu salida de San Petersburgo me mandaron á Novogorod, donde pasé mis dias en un aburrimiento continuo; aunque hallé á una persona... Pero no hablemos de esto ahora, añadió suspirando. Dos años despues me dieron un bonito empleo, algo lejos sin duda, en el gobierno de Irutsk. Como mi padre me hallaba predestinado á visitar la Siberia, no me quejo de ello. La vida es bien suave y tranquila en esas comarcas: todos los que han estado lo dicen. A mí me agradaba la Siberia. Hallábanme allí con el encargo de vigilar á los indígenas, hombres pacíficos en general. Por desgracia una docena de ellos se reunieron á hacer contrabando. Quise prenderlos y los prendí, pero uno trató de defenderse, me lanzó una flecha. Estuve á punto de morir, y sin embargo mejoré; ahora voy á ver si me curo enteramente. Gracias á Dios el gobierno me ha dado todo el dinero necesario.

Y dichas estas palabras Santiago se calló y dejó caer su cabeza en la almohada. Un ligero matiz encarnado se esparció por sus mejillas y cerró los ojos.

— No debe hablar mucho, me dijo Eliseo que acababa de entrar en el cuarto.

Un silencio profundo reinaba en la habitacion; apenas se oia otra cosa que la respiracion cortada del enfermo.

Un momento despues Santiago abrió los ojos y recobró el uso de la palabra.

— Hace quince dias que estoy aquí, me dijo. Me cuida el médico del distrito; ya le verás... Me parece que es hombre que sabe. Por lo demás, estoy contento con mi desgracia, pues á ella debo el placer de verte.

Y me tendió una mano, la misma que estaba helada hacia un instante y ahora abrasaba.

— Pero hálbame de tí, dijo apartando su manta; ¿Dios sabe el tiempo que ha pasado desde que no nos vemos!

Yo me apresuré á hacer la relacion que me pedia para impedirle que hablase. Al principio me oyó con mucha atencion, luego pidió de beber, y al cabo inclinó otra vez la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos.

Le dije que era preciso descansar, prometiéndole que no le abandonaría hasta que se aliviara, y que iba á tomar un cuarto junto al suyo.

— Mala posada es esta, me dijo; pero yo le cerré la boca y salí de puntillas.

Eliseo me siguió.
 — Se está muriendo, dije yo al criado; ¿no ves que se está muriendo?

Eliseo volvió la cabeza con desesperacion.
 Despues de haber despedido á mi cochero y despues

de haber tomado un cuarto, volví á ver si Passinkof dormia.

A su puerta me encontré con un hombre muy alto, cuyo rostro acribillado por las viruelas, no manifestaba otra cosa que una indolencia profunda. Sus ojos estaban hinchados de sueño.

— ¿Sois el médico de mi amigo? le pregunté.
 El hombre me miró é hizo un esfuerzo para responderme afirmativamente.

— Pues hacedme el favor de entrar en mi cuarto, añadió; creo que Santiago está dormido, y desearia saber lo que debo pensar sobre su enfermedad que me alarma sobremanera.

— Con mucho gusto, me respondió siguiendo mis pasos.

— Hábldme francamente, le dije en cuanto se sentó; ¿el estado de mi amigo es muy grave en realidad?

— Sí, me respondió con mucha cachaza.
 — ¿Es peligroso?

— Sí.
 — ¿Puede morir de esta enfermedad?

— Es posible.
 En aquel instante miré al facultativo con ojos encoherizados.

— Pero seria necesario buscar remedios, le dije... ¿No pensais que seria buena una consulta?

— Sí... podemos llamar á Ivan Ephremitch.

El doctor hablaba difícilmente, como si le costara trabajo arrancar las palabras de su pecho.

— ¿Quién es ese señor?
 — El médico de la villa.

— ¿No seria preferible traer uno de la capital del gobierno? Debe haber buenos médicos en ella.

— Es posible.
 — ¿Y cuál es el mejor?

— Lo ignoro. Dicen que es el doctor Kolrabus; pero he oido que le han trasladado no sé adonde. Me parece inútil llamarle.

— ¿Por qué razon?
 — Porque el médico de la capital no remediará la situacion de vuestro amigo.

— ¿Tan mal se encuentra?
 — Sí.

— Pero en fin, ¿qué tiene?
 — Una herida... los pulmones atacados... un pasmo... calentura y poca resistencia en su constitucion; está en los huesos; ¿qué quereis que se haga con un hombre así?

Hubo una pausa.
 Al cabo el médico mirándome de reojo, añadió:
 — ¿Porqué no echamos mano de la homeopatía?
 — ¿Cómo puede ser eso? Sois alópata.

— No le hace; si os figurais que no entiendo yo nada de homeopatía os engaños, la conozco tan bien como cualquiera. Aquí hay un farmacéutico que la practica sin tener grado ninguno; al menos yo tengo un grado.

— Mal negocio, dije yo para mí; no, continué, es preferible atenernos al método ordinario.

— Como gustéis.
 Y se levantó exhalando un suspiro.

— ¿Vais á verle?
 Me contestó que sí y entró en el cuarto de mi amigo.

Pero el ver á aquel hombre sentado junto á la cama de Santiago era para mí cosa imposible. Llamé á mi criado, le mandé que saliera inmediatamente para la capital del gobierno, que preguntara allí por el médico de mas fama y que le trajera volando.

Oí pasos en el corredor y abrí la puerta.
 Era el médico que salia del aposento de Passinkof.

— ¿Qué hay? le pregunté en voz baja.
 — Nada nuevo; le he recetado un calmante.

— Pues yo he mandado á buscar un médico á la ciudad; no dudo de vuestra ciencia, pero ya conocéis el proverbio: mas ven cuatro ojos que dos.

— Bien hecho, me respondió bajando la escalera. Sin duda no le era yo simpático.

— ¿Has visto á mi Esculapio? me preguntó.
 — Sí.

— Es hombre que me gusta; está dotado de una serenidad maravillosa. La cachaza está muy bien en un facultativo, porque anima al enfermo.

Nada le respondí, porque no queria quitarle la confianza.

Por la tarde Santiago estaba mejor. Mandó á Eliseo que preparase el samovar, me convidó á tomar té, tomé conmigo una tacita y estuvo bastante animado.

Sin embargo, yo debia impedirle que hablara y le pregunté si queria que le leyese algo.

— Como en otro tiempo en el colegio de Winterkeller, me dijo; sí, con mucho gusto. Pero ¿qué vas á leer? Mira junto á la ventana, allí encontrarás libros.

Tomé el primer volumen que tocó mi mano.
 — ¿Qué es? me preguntó.

— Las poesias de Lermonsof.
 — Buen autor, no tan grande como Pouchkine, pero me agrada mucho; abre el libro al acaso y lee la primera página que veas.

Obedecí y me hallé en un apuro. Habia tropezado con la composicion que se titula *el Testamento*, y como quisiera buscar otra, Santiago lo notó y me dijo:

— No, no, esa es buena. Quiero que leas lo que te ha presentado la casualidad.

— ¿Qué habia de hacer? leí estos versos:

«Amigo mio, habria querido hablar contigo á solas, pero me dicen que me queda muy poco tiempo que pasar en este mundo. Pronto regresarás tú á nuestro país... ya ves, nadie se acuerda de tu amigo.

» Si alguno pregunta por mí, — ¿pero quién ha de preguntar por mí? — dirás que me ha herido una bala, que muero valerosamente por el czar, que nuestros médicos son malos todos, y que dirijo un saludo á la tierra en que he nacido.

» ¡Dios sabe si mi padre y mi madre viven aun! Te declaro que no querria afligirles. Si alguno de ellos se cuenta entre los vivos, le dirás que soy muy perezoso para escribir, que nuestro regimiento está en marcha y que no me esperan.

» Cerca de ellos vive mi vecinita; mucho tiempo hace que nos separamos, ya te acordarás. Ella no se ocupa de mí; sea como quiera, dile toda la verdad sin temor de afligirla. Si llora, sus lágrimas no serán de larga duracion.»

— ¡Qué composicion tan hermosa! me dijo cuando hube concluido. Pero es singular que te hayas encontrado con esa poesia; ¿no te parece que es una cosa extraña?

Principié á leer otros versos, pero Santiago no me escuchaba. Habia apartado los ojos de mí, y repetia:

— ¡Qué cosa tan extraña!
 Yo cerré el libro.

— ¿Te acuerdas, me preguntó volviéndose á mí con rapidez, te acuerdas de Sofia Zlotnitzkia?

Me puse muy encarnado y le dije:
 — ¿Cómo podria no acordarme?

— Se ha casado...
 — Hace tiempo, con Assanof. Ya te hablé de eso en mis cartas.

— Sí, sí, el padre acabó por perdonar.
 — La ha perdonado á ella, pero no ha querido recibir á su marido.

— Viejo obstinado. Supe que no era dichosa.
 — A fe mia, no lo sé... Me han dicho que habitaba en una aldea del gobierno de... Pasé por allí y no me detuve.

— ¿Tiene hijos?
 — Creo que sí... Passinkof.

Santiago me miró.
 — Confíesame que la dijiste que yo la amaba.

— Sí, la dije la verdad entera y verdadera; habria sido cometer una falta el ocultarla tu secreto.

Y al cabo de un instante de silencio continuó:
 — ¿Dejaste de amarla prontamente?

— Prontamente no; pero cesé de amarla. ¿Porqué conservar un amor sin esperanza alguna?

— Pues yo, murmuró con voz trémula y desviando los ojos, yo, amigo mio, no te he podido imitar... no he cesado de amarla.

— ¡Cómo! exclamé con una sorpresa indecible; ¿has amado á Sofia?

— Sí, me contestó cubriéndose el rostro con las manos. Dios sabe cuánto la amé. No he dicho una palabra de esto á nadie en el mundo; ¿á quién se lo podia confesar?... Pero ahora, añadió citando al poeta, me queda poco tiempo de vida.

Me habia quedado estupefacto con esa declaracion inesperada.

— Me parece mentira, decia; nunca lo pude sospechar.

(Se continuará.)

Usos y costumbres de Francia. — Las fiestas de mayo en la Provenza.

Julio César menciona por primera vez la importante ciudad de Arlés en la parte especial de sus comentarios en que trata de la guerra civil. En su tiempo y posteriormente, los juegos sangrientos del circo erigidos por la política imperial en principio de gobierno, prevalecieron en las Galias lo mismo que en Roma y en todas las partes del imperio. Pero Constantino al volverse hácia el cristianismo, principió á dulcificar esas costumbres inhumanas, y en Arlés, mediante una fusion singular del antiguo y del nuevo culto, sustituyó á los combates de gladiadores y demás fiestas bárbaras, inconciliables con la moral pura de la religion á que se convertia, la solemnidad pacífica de las *Mayas*, serie de fiestas paganas celebradas en honor de la diosa *Maya*. El primer dia del mes de mayo sentaban á una niña ricamente adornada bajo un dosel, en tanto que sus compañeras se dirigian á los transeuntes pidiéndoles algunas monedas para comprar una sortija, un vestido ó un collar á la *Maya*.

Se nos figura que en esta creacion Constantino no dió pruebas de un ingenio muy inventivo, pues la exposicion de una *Maya* por bonita que sea, si la fiesta se limitaba á esto, debió parecer poco animada á ciudadanos acostumbrados de tiempo inmemorial á las horribles peripecias del circo.

Sea como quiera, lo cierto es que la nueva fiesta se fué propagando por la Galia meridional donde se conserva en el dia. Es verdad que los progresos crecientes de la religion cristiana no tardaron en modificar esta fiesta pagana, dejándola reducida á las proporciones de un juego infantil. Ya no se expone á las miradas una jóven, sino una niña.

En los primeros dias de mayo y sobre todo el domingo se ven en todas las esquinas de las calles de muchos

pueblos de la Provenza las *mayas* cubiertas de flores, inmóviles en una silla ordinaria, con los piés en un banquillo que cubre una sábana hasta el suelo. La cantidad de flores que de la cabeza á los piés adorna á las mayas indica el grado de la riqueza respectiva de sus familias. Hay entre ellas una grande emulacion en cuanto á este bonito adorno. Las compañeras de la maya, engalanadas tambien con sus mas lindos atavios, recorren la calle persiguiendo á todo el que pasa hasta obtener algunos sueldos. Es la repetición de lo que se ve en casi todo el mundo católico el día del Corpus. Hé aquí otras costumbres hijas del furor meridional al culto de la santísima Virgen María, en el mes de mayo.

En una alta montaña cuya falda bañan las olas del mar, se eleva una capillita dedicada á la Virgen, y colocada bajo la invocacion de Nuestra Señora de la Guarda, la protectora de los marinos. Un ermitaño habita en ella y la cuida. No se puede decir cuál es el número de fieles que allí acuden en romería el primer domingo de mayo, procedentes de toda la comarca; es una emigracion en masa. Desde el amanecer los vapores que hacen el servicio del Seyne á Tolon, así como las pequeñas embarcaciones del puerto, salen al mar atestados de gente.

Las diversas cofradías religiosas de aquellos contornos suben en procesion hasta la ermita; además los particulares se presentan en muchedumbre, unos á cumplir un voto, otros á llevar una ofrenda espontánea. Ninguno olvida la vela de cera metida en una caña abierta para que no se rompa. Se ven pobres madres que suben descalzas la cuesta con niños en los brazos, que se libertaron de la muerte por una promesa oportuna hecha á la Virgen. Un cazador devoto cuelga delante de la imágen la escopeta que reventó en sus manos sin herirle. Las paredes de la capilla están cubiertas de muletas que se hicieron inútiles



La Maya.

por la mediacion de la santísima Virgen; es aquello un conjunto de vestidos de niños, de cuadros en que se ven representados episodios milagrosos, de piernas y brazos de cera, que son otros tantos calificados de males desvanecidos por la Patrona de los marinos. Estos últimos acuden en número crecido á la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, y el hombre mas incrédulo se enternece al ver toda una tripulacion, con el capitán á la cabeza, depositando su *ex-voto* en el altar de la Virgen despues de un naufragio ó de una violenta borrasca en que recibieron el auxilio señalado del Altísimo.

El ermitaño tiene á la disposicion de los fieles un surtido de rosarios benditos de cuentas de vidrio de todos colores, y pocos son los que van á la capilla y no toman alguno.

Despues de la misa los fieles se esparcen por la pradera en pequeños grupos, y comen á la sombra de los pinos. El aspecto que desde entonces presenta ese lugar silvestre es de los mas animados; á la comida suceden, en medio de una feria improvisada, los bailes mas alegres que se prolongan hasta por la noche.

Para esta solemnidad los jóvenes llevan el traje de ordenanza de la cofradía á que pertenecen. Este uniforme se compone de un pantalon blanco, una blusa ó una chaqueta de mahon, y un sombrero de paja guarnecido pastorilmente de una cinta de color de rosa. Luego se vuelven á los pueblos cantando y agitando alegremente pequeñas banderolas de muchos colores, en las cuales está pintada la ermita de Nuestra Señora de la Guarda.

Hay tambien personas mas piadosas ó mas serias que huyendo de ese alboroto, eligen un día de trabajo para efectuar su romería á la ermita, acompañadas de un sacerdote que las dice una misa; en todo el mes de mayo el camino de la pequeña iglesia se ve sureado de gente.



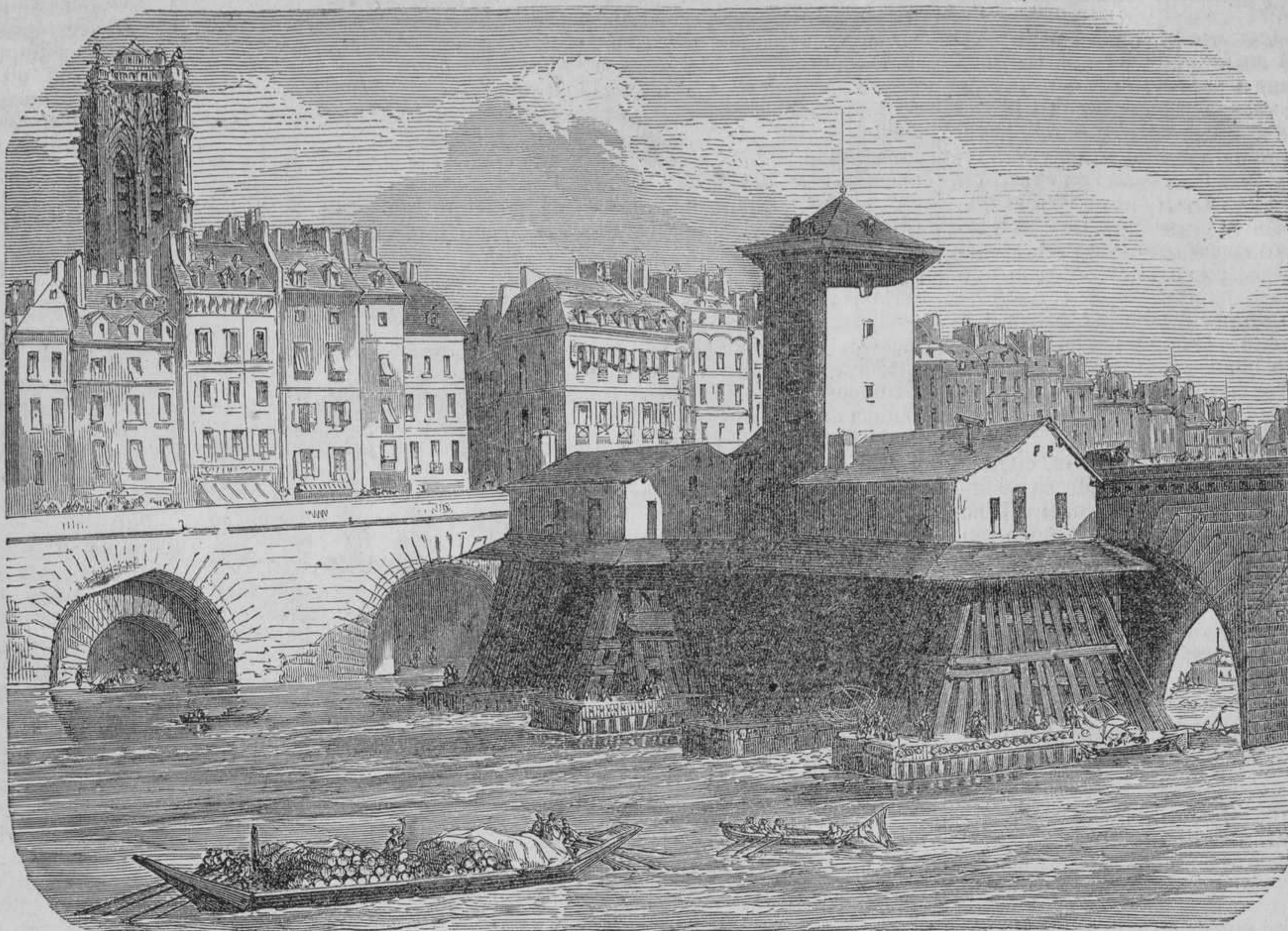
La romería de Nuestra Señora de la Guarda.

La bomba del puente de Nuestra Señora.

Esta antigua máquina hidráulica, una de las construcciones mas vetustas de Paris, se halla en demolicion en este momento, y aprovechamos la oportunidad para dar de ella una corta noticia.

Los seis robustos pilares del puente de Nuestra Señora construido en tiempo de Luis XII, sostenian aun en el siglo pasado sesenta y ocho casas de ladrillos que le servian de ornato, segun el plano del célebre Jacobin, hermano de Joconde, su arquitecto. Vasari habla con entusiasmo de esos galantes edificios, y dice que solo un italiano es capaz de concebir semejante obra.

La autoridad municipal, que no participaba de la opinion de Vasari, mandó arrojar al Sena esas construcciones maravillosas bajo el pretexto especioso de que habrian concluido por hundir el puente, pero en realidad para mantener el trabajo de demoli-



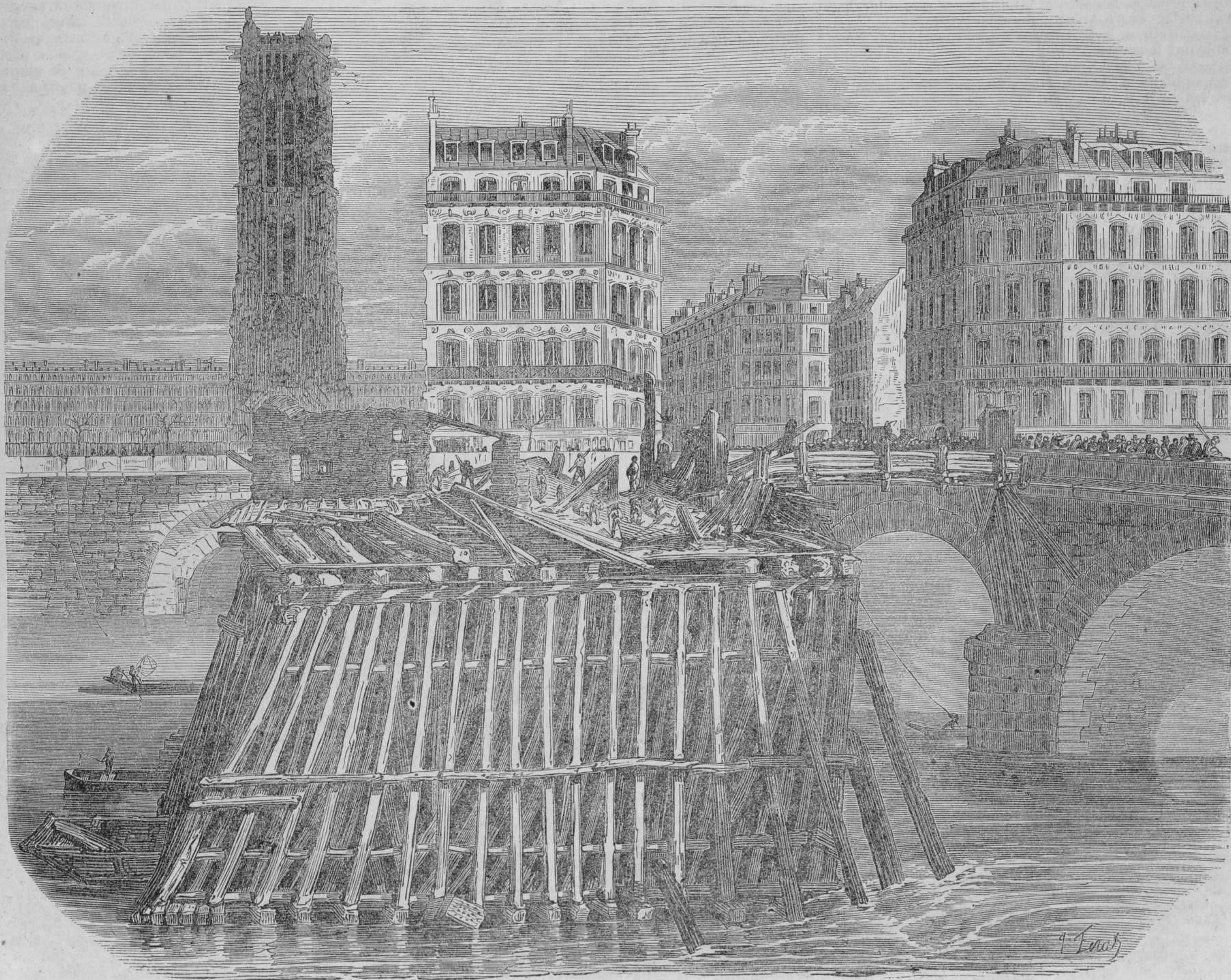
La bomba del puente de Nuestra Señora.

cion á que es tan aficionada la arquitectura parisiense.

El puente de Nuestra Señora principiado en el año de 1500 y terminado en 1514 habia reemplazado un puente de madera que se hundió en noviembre de 1499, accidente que resultó de la incuria de las autoridades, pero que la fe poética del pueblo atribuyó á la Providencia.

Algunos dias antes el hijo de un armero que vivia en una de las sesenta y ocho casas habia muerto á su madre á puñaladas.

El nuevo puente de Joconde fué durante mucho tiempo el bazar de los vendedores de objetos curiosos y el punto de reunion de la sociedad mas escogida. Era de gran tono lucir allí las plumas ó el justillo nuevo, antes de la construccion del puente de Enrique IV que le quitó la boga, para cederla despues á las galerías del Palacio de Justicia.



Demolicion de la bomba del puente de Nuestra Señora, en Paris.

« La bomba del puente de Nuestra Señora, dice Du-laure, contigua á ese puente, fué construida por Daniel Joly en 1670. Se comprometió elevar de treinta á cuarenta cuartillos de agua del río por la cantidad de 20,000 libras.

» Apenas se cerró este trato cuando otro mecánico llamado Demance presentó el proyecto de una segunda máquina que debía colocar debajo del puente mismo de Nuestra Señora. Prometía elevar cincuenta cuartillos de agua á quince piés sobre el tablero del puente, y pedía por esto 40,000 libras. El 21 de mayo de 1670 se aprobaron estas proposiciones, y Demance llenó con exactitud sus compromisos. La máquina de Joly no elevó mas que veinte y cinco á treinta cuartillos de agua. Gracias á estas dos máquinas el caudal de las aguas de París se aumentó en ochenta cuartillos, y la capital ganó con esto muchas fuentes nuevas. »

Como se ve en nuestro primer dibujo la construcción consistía en un torreón cuadrado que tenía en lo alto el depósito de las aguas que la máquina subía hasta allí, y que de allí pasaban á los conductos que las llevaban á las fuentes públicas. A cada lado había un cuerpo de edificio adyacente.

El segundo dibujo representa la demolición, cuando estaba destruida ya casi toda la parte de fábrica; dentro de pocos días habrá desaparecido hasta el último vestigio de este aparato, que cortaba de un modo tan desagradable la perspectiva de los puentes y de los muelles de esa parte de París.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO EL DIA 14 DE MARZO DE 1858.

DISCURSO DEL SEÑOR CUETO.

Juicio crítico de Quintana como poeta lírico.

Señores: Cuando solicité entrar en este noble y glorioso recinto para tomar parte en vuestras provechosas tareas, no me asaltó ni un solo momento la temeraria y orgullosa creencia de que fuesen mis escasos merecimientos proporcionados al alto honor á que aspiraba. Cultivador oscuro, si bien afanoso y perseverante, de la lengua y de las letras españolas, dispuesto siempre á lamentar la invasión continua en nuestro bello idioma de palabras y locuciones de exótico origen, que empañan su lustre y desnaturalizan su esencia, no podía yo desconocer la alta importancia de este Cuerpo, centro de autoridad indispensable para poner freno á los extravíos de escritores de liviana conciencia, y esclarecido guardador de las formas genuinas y acendradas del habla magnífica de nuestros padres. Pero en esta solemne ocasión, al verme entre vosotros llamado por vuestros bondadosos sufragios, al recordar los timbres de gloria que os franquearon estos ilustres umbrales, veo con mas claridad, y siento en mi alma con mas intenso agradecimiento todo el alcance del señalado favor que vuestra indulgencia me ha dispensado; á mí que carezco de títulos bastantes para que esta honra sea hoy, como suele ser, el galardón debido á los afanes del filólogo y á los aciertos del hablante.

El asunto del discurso que, cumpliendo loables prácticas de esta sabia institución, he de pronunciar ante vosotros, se presenta naturalmente al considerar que, por un azar abrumador al par que lisonjero, vengo á ocupar, no á llenar, el inmenso vacío que ha dejado en este recinto la universalmente deplorada pérdida del ilustre Quintana. Quien, como yo, ve colocado su asiento de académico sobre el sepulcro de un gran poeta; quien trae aquí un nombre silencioso y olvidado, para reemplazar en los anales de la Academia á uno de esos nombres que llevan tras sí el rumor de la gloria, faltaría á la justicia, faltaría á elevados y nobles miramientos, si en este acto no se acupase con preferencia en rendir á su antecesor el tributo de admiración que á los grandes escritores se debe. Quintana, pues será el asunto de mi discurso; Quintana, el inspirado escritor que, evocando con pindárico acento las antiguas glorias de la patria, nos ha infundido, en nuestros años juveniles, elevación al pensamiento, robusto temple al corazón, y dado al ánimo luminoso y varonil recreo. Así lograré que de mí apartéis vuestros ojos, fijándolos únicamente en la aureola de gloria que circunda el nombre del poeta.

Pero ya adivinais, señores, que no voy á encerrar inconsideradamente el homenaje de admiración que debemos tributarle en el exiguo y compasado molde de un elogio académico. La crítica moderna, mas libre y filosófica, y al mismo tiempo mas natural; y por decirlo así, mas sincera, consiente apenas un género de literatura tan fastuoso y tan artificial. Es en balde buscar la expresión sencilla y pura de los afectos y de las ideas, la imparcialidad elevada, la grandeza moral, la admiración franca y persuasiva, cuando el alma se siente comprimida por las caprichosas condiciones de una estética falsa y ceremoniosa. Escribir con propósito previo y deliberado de encomiar á todo trance, equivale á decir al criterio humano: «vuela con las alas del entusiasmo, pero sujétalas primero con las cadenas de la retórica.»

Para juzgar con tino, para aplaudir con la efusión de un sentimiento fogoso y verdadero, es necesario poder

seguir libre y desembarazadamente todas las tendencias del alma, todos los giros del ingenio, todos los vaivenes del pensamiento. El gusto moderno rechaza la literatura de los panegíricos, porque es una literatura bastarda y convencional, que busca el entusiasmo en la pompa de la frase y no en la expresión sencilla de los sentimientos del corazón. Vosotros, señores Académicos, sabeis en qué ha venido á parar aquella calorosa admiración que despertaron en el siglo último los célebres elogios de Thomas. Con el énfasis de las palabras y el aparato facticio de las imágenes y de las ideas, abogaba este escritor las prendas de alta ley que había en su entendimiento; y ahora que han cambiado los impulsos de la vida moral y literaria de aquellos tiempos, y pasado con ellos los motivos de éxito efímero que tanto alucinan y extravían, se han deshojado las coronas triunfales de Thomas. Su entusiasmo, mas que eco del alma, parece elaboración del artificio: su vehemencia, vaga y ampulosa, no conmueve el ánimo, ni enardece la fantasía. Los elogios de Thomas, que son los mejores dechado de este linaje de composición académica en la literatura moderna, dejan en el ánimo de los lectores del día la misma impresión glacial que los panegíricos de los sofistas griegos y romanos.

Pero ¿ha de proscribirse el elogio libre, sincero, analítico, que prueba y no pondera, que siente y no declama, que reemplaza la hipérbole con la pasión? De ningún modo. Ahí están los elogios fúnebres inspirados por los héroes de la antigüedad.

Aquí están sobre todo los panegíricos de la Iglesia cristiana: no tienen á veces todos los refinamientos de la elegancia filológica; pero tienen en cambio la fe, la emoción, la verdad, las prendas, en fin, que estampan un sello imperecedero en las obras del ingenio humano. ¿Cómo se trasluce al través de la vigorosa sencillez de estos panegíricos la ardiente admiración con que abrazaba el alma de los primeros escritores cristianos la sublimidad de los mártires! ¿Con cuán noble y desinteresado afecto, con cuánta elevación moral ensalzan las virtudes de los protectores de la Iglesia naciente! Mueve y penetra el alma lo que brota del fondo de ella, y en las letras, señores, no hay triunfo mayor ni perfección mas alta. Por eso el elogio es admisible, no como ley retórica, sino como consecuencia de la admiración libre y profunda: por eso vale mas el crítico que examina y aplaude, que el ciego encomiador que, sin tregua y por sistema, encarece y adula.

La Academia disculpará esta breve digresión que he juzgado necesaria para entrar con desembarazo y sin alarma alguna de conciencia en el examen de las calidades poéticas de mi esclarecido antecesor. Si al juzgar sus obras advierto la falta de algunas prendas, que habrían hecho universal y completo el número del poeta, no por eso aparecerá menos profunda mi admiración por las grandes dotes que adornaban su alma. Las observaciones templadas y justas de la crítica hacen resaltar la sinceridad de las alabanzas: son como el fondo de un cuadro que hace parecer mas vivo el resplandor de los colores.

Larga y poco adecuada en esta ocasión sería mi tarea, si, al juzgar á Quintana, hubiese de considerarle bajo todas las formas, múltiples y variadas, con que resplandece su nombre en la república literaria. Botóle la Providencia con larga mano de facultades intelectuales, diversas y poderosas, y abarcaba en el campo de las letras los mas áridos y diferentes caminos. Crítico, historiador, publicista, autor dramático, poeta lírico. Desplegó Quintana todas estas fases de escritor. En algunas de ellas dejó rastros de luz: en todas imprimió los destellos del fuego que abrasaba su alma impetuosa y su arrebatada fantasía.

Con la *Colección de poesías selectas castellanas* y con la *Musa épica* prestó Quintana un insigne servicio á los amantes de las letras. El cuadro histórico de la poesía castellana y los esclarecimientos críticos que acompañan las compilaciones citadas, están escritos con orden, con tino, con buen gusto. Quintana introduce en la crítica, como en todo cuanto escribe, las prendas mas bellas de la elocuencia: el colorido y la emoción. Pero el sentido filosófico tenía en su mente menos fuerza y alcance que el vuelo de la imaginación y la vivacidad de los afectos; y su crítica, si bien elegante y animada, encierra el gusto en un círculo bastante estrecho, se paga con exceso de los hechizos de la forma, desdeña la poesía popular, y no explica suficientemente las vicisitudes del gusto literario, ni toma en cuenta las íntimas relaciones que le enlazan en todo tiempo con las ideas y las costumbres de los pueblos.

Las *Vidas de españoles célebres* honran sin duda el corazón y entendimiento de Quintana. Son uno de sus mas brillantes lauros, porque demuestran la noble tendencia, ingénita en su espíritu, á vivificar la memoria de los claros varones de nuestra nación y á regenerar el animoso temple de los españoles, que con rubor y lástima veía desfallecer y aniquilarse á impulso de las desgracias públicas. El Cid, Guzman el Bueno, Roger de Lauria, el Gran-Capitan, Vasco Nuñez de Balboa, el Príncipe de Viana, D. Alvaro de Luna, Francisco Pizarro, Fray Bartolomé de las Casas: estos nombres hicieron resonar en el alma de Quintana los grandes ecos de las glorias pasadas; y movido por la potente palanca del entusiasmo, intentó, no sin fruto, levantar y robustecer el decaído aliento nacional, presentando, en cuadros biográficos correctos y elegantes, la imagen fascinadora de hidalgos hechos, de hazañas peregrinas, de espléndidas virtudes.

Pero estas biografías, tan brillantes por el lenguaje, tan conmovedoras por el calor de los sentimientos y la

animación de las imágenes, tan dignas de aplauso por la noble intención que las inspira, no llenan sin embargo todas las condiciones que la crítica elevada y severa requiere para las composiciones históricas. No se ve con claridad completa, ni á veces con exactitud suficiente, el campo de ideas, de costumbres, de preocupaciones, de móviles legítimos y de intereses morales en que obran, sienten y piensan los grandes hombres que retrata. Habíase educado Quintana con las máximas y principios de la filosofía francesa del siglo XVIII, y nutrido su espíritu con las paradojas y seductoras apariencias de la escuela escéptica, solía ver los hechos de los tiempos pasados al través del prisma engañoso de las pasiones artificiales y fugitivas que eran el alma de aquella infeliz filosofía. Así es, por ejemplo, que parando con preferencia el pensamiento en las calamidades y desmanes, que son y han sido siempre tremendas é inseparables compañeras de las conquistas mas gloriosas, se apiada de los indios con vehemencia deliberada, tan absoluta y exclusiva, que casi no ve en los conquistadores españoles mas que sañudos y codiciosos aventureros. Bajo este punto de vista, pequeño en las esferas filosóficas de la historia, casi desaparece la grandeza de aquel impulso ferviente y dominador que, no cabiendo en el territorio de España, se difundía por los ámbitos mas apartados de la tierra, casi se eclipsa el aliento magnánimo de aquellos denodados guerreros, que realizaban con maravillosa intrepidez inauditas empresas, y que al lado de la codicia y la fiera, llevaban en su corazón los mas altos afectos del héroe cristiano: amor á su patria, lealtad á sus reyes, fe profunda en su Dios. Quintana, alucinado con las erradas doctrinas que, por decirlo así, habían inoculado en su ánimo los filósofos enciclopedistas, casi mira como un atentado contra la independencia de las razas y de los pueblos haber sacado á los indios, por medio de la conquista, de su estado salvaje, haber plantado en América con las armas la antorcha de la civilización, haber derramado en aquellas vastas regiones la luz divina y consoladora del Evangelio.

Hay otra obra de nuestro ilustre poeta, las *Cartas á Lord Holland sobre los sucesos políticos de España en la segunda época constitucional*, la cual no me cumple juzgar ahora. Es un bosquejo de los acontecimientos principales de aquel borrascoso período de nuestra historia política, escrito con pasión, y á veces con elocuencia, y no exento de miras elevadas y de móviles generosos. Fuera de las bellezas de estilo y de dición, rebosa de tal manera en estas cartas el sentimiento de la independencia nacional, y se presenta con un carácter tan ardiente, tan agresivo, tan implacable, que no puedo dejar de hacerlo notar al hablar de ellas, aunque las cito de pasada y rehuendo abierta y deliberadamente su examen. «La España, exclama Quintana en una de ellas, la España sin colonias, sin comercio, sin influjo, debiera ser indiferente á la Europa. ¡Pluguiese al cielo que se realizase lo que tantas veces se ha dicho por escarnio, y que el África empezase en los Pirineos! Seríamos sin sin duda rudos, groseros, bárbaros, feroces; pero tendríamos como nación una voluntad propia así en el bien como en el mal.»

Este fuego del alma, esta voluntad resuelta y un tanto irreflexiva, este arrebatado del pensamiento, he ahí el encanto principal de las producciones de Quintana. En él preponderan siempre, ofuscando las demás cualidades; la llama del poeta y el ímpetu del ardiente patriota.

Estos impulsos nobles é imperiosos que constituyen la gloria mas pura y el alma entera de Quintana, produjeron la hermosa tragedia *El Pelayo*. Esta composición dramática no pasará á las edades venideras por la perfección de la estructura, ni por la dición acrisolada, ni por la sencillez ática de la expresión, ni por el movimiento y armonioso enlace de los lances dramáticos, ni por la verdad local é histórica de las costumbres. Pero vivirá mientras haya pechos españoles que palpiten al eco de la independencia y del heroísmo. Aun resuena en el fondo de nuestra alma, con el mismo hechizo que resonaba en la aurora de nuestra juventud, aquella magnífica definición de la patria que pone Quintana en boca de Pelayo:

« ¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mio sin cesar respira:
La augusta religion de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus santas leyes
Tienen aquí un altar, que en ningún tiempo
Profanado será... »

¿Cómo han de olvidarse aquella entereza indómita y airada que manifiesta Pelayo sin interrupción ni sosiego en toda la tragedia, y la gallarda y robusta entonación de sus palabras cuando dice para arrojar baldón y oprobio sobre el nombre del monarca vencido:

« En ruedas de máfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y mas dispuesto
Al triunfo y al festin que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras si la maldición eterna. »

Después exclama, dirigiéndose á los caudillos:

« ¿Temblareis? ¿Cedereis? No; vuestros brazos
Alcen de los escambros que nos cercan

Otro estado, otra patria y otra España
Mas grande y mas feliz que la primera.»

En la misma escena, para alzar al rey que ha de conducirles á la victoria, Alfonso propone á los nobles asturianos la proclamacion de Pelayo con estas palabras:

«Pelayo nuestro rey, caudillo nuestro
Debe ser, ciudadanos.....»

Aquí asoman, señores, en esta calificación de *ciudadanos*, los conatos que de tan buen grado manifiesta Quintana á confundir las tendencias de libertad política con los instintos de independencia nacional. Aquellos capitanes godos, hijos de las asperezas de Covadonga, no se llamaban, no podían llamarse á la sazón *ciudadanos*, y si lo hubieran hecho, no habría por cierto sonado esta palabra en sus oídos como sonaba en las mocedades de Quintana. Aquellos guerreros, arrollados por la opresión de los mahometanos y estrechados en los confines del territorio, vivían con el cuchillo á la garganta, y al levantarse contra los invasores, no estaban en verdad para pensar en dictados de libertad política, ni podían tener otra meta ni otras banderas que no fuesen el pendón de la patria y el libro del cristianismo. Un rey en aquellos momentos, mas que un organizador político, hubo de ser necesariamente para los godos un soldado, un caudillo, un héroe que les sirviese de ejemplo y de guía en los combates.

Pero olvidemos esta leve impropiedad, apenas reparable en la hermosa obra de Quintana, noble explosión del amor patrio, y pongamos fin á este somero recuerdo del Pelayo reproduciendo aquellos magníficos versos con que termina Alfonso la exhortación que dirige al héroe al proclamarle rey:

«Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea.»

Pasemos ya al exámen de la poesía lírica de Quintana. En ella está cifrada su verdadera gloria; en ella estriban sus timbres incontestables de eterna fama.

El estado de las letras españolas era en verdad pobre y rastrero cuando, lleno de juventud y de ardimiento, se presentó en el campo literario don Manuel José Quintana. El siglo XVIII había sido para la poesía castellana una edad angustiosa de postración y de marasmo. La vitalidad española, adormecida y decadente desde el reinado de Carlos II, no pudo levantarse completamente y sacudirse de su letargo en el brillante período de Carlos III.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — Las novedades de la primavera. — Las venganzas de la moda. — Los peinados de «grifo inglés» y los peinados «de emociones». — Exposición anual de la casa Delisle. — Manteletas de primavera y de verano. — Sobre los encajes. — Descripción de algunas obras de encaje. — Vestidos de fantasía y vestidos de seda. — Los adornos de cinta. — Sombreros á la orden del día. — Descripción del figurín de este número que representa una colección variada de trajes de niños.

Esta vez tengo una buena cosecha de novedades, como que estamos ya de lleno en la primavera. La moda en lugar de emmendarse con los sermones y filípicas que la dirigen por todas partes, se muestra cada vez mas variada y caprichosa. Es verdad que la indignación que ha estallado contra las crinolinas exageradas se ha ido extendiendo á toda la moda en general, sin establecer ninguna diferencia seria entre la señora que se viste bien y la señora que se viste mal. La mujer bien educada no sale jamás de los límites de la distinción y del buen gusto. En vano la hablarán de una moda chocante que hace furor, como verbigracia, la del peinado enmarañado como las lanas de un perrito inglés, que llevan hoy las damas de cierto género, pues no hará ningun caso. Este peinado, estilo de grifo, hace caer los cabellos sobre la frente en ricitos desiguales, lo que da un aire infantil á la fisonomía. Quizás muchas de las que han adoptado este peinado le emplean como medio de ocultar sus arrugas; ¡la coquetería es tan astuta! El año último se usó el peinado de *emociones*; un tocado variado y vaporoso que también sacaron á luz las susodichas damas; el tal peinado las daba una bonita apariencia de locas.

Pero cesan las digresiones y vamos á las modas nuevas. Nada es mas fácil que describirlas; no tengo mas que visitar la exposición de la casa Delisle. En cada estación del año esta casa decreta la moda, y todas las personas que quieren vestirse con gusto acuden á ella con los ojos cerrados.

Antes de describir las principales maravillas de cada galería, voy á colocar á la casa Delisle en el rango que la pertenece y que ocupa en el imperio de la moda. Esta casa, privilegiada por la emperatriz Eugenia y por la reina Victoria, domina con su superioridad inteligente é industrial el alto comercio de París, y no quiere bajar de su pedestal para seguir el impulso casi general de las casas de novedades que se imaginan que rebajando el precio de sus mercancías y proclamando que son *baratas*, deben atraerse la confianza de la muchedumbre.

* Es un error comercial de que muy pronto hacen justicia el uso y la experiencia. Un vestido dado *barato*, es decir, por

menos de lo que costó, es un vestido ajado, averiado, sin actualidad ninguna, que no gustó á nadie. La baratura consiste hoy en el valor real de la mercancía, y á calidad igual, la casa Delisle no teme ninguna competencia, pues busca principalmente para su clientela distinguida la buena calidad y la duración de las telas.

Hablaré ante todo de las manteletas que presentan una variedad muy grande de forma y de ornato.

El primer modelo, el mas aristocrático, es un manton doble de cachemira blanco rayado de anchas bandas de terciopelo escocés color de castaña, negro y oro, con franja blanca y borlas castaña y oro.

— Un albornoz de tafetan negro con quillas de guipure y un capuchon de guipure adornado con dos borlas.

— Otro id. de tafetan negro recogido sobre los brazos con quillas de tafetan color de violeta cubiertas de guipure y que describen muchas conchas sobre los lados. El capuchon de guipure de cuadrillos va fruncido con una cinta violeta.

— Un chal de terciopelo escocés castaña, negro y oro, formando punta, adornado con dos hermosos volantes de Chantilly. Encima del segundo volante, cinta de terciopelo escocés y franja igual.

— Una manteleta de tafetan verde laurel con cuatro rizados de tul y de encaje negro, ilustrados con cuentas de azabache. Al rededor lleva dos grandes volantes de Chantilly; el primero sobre otro volante de tafetan verde que le sirve de transparente.

— Una manta Antonieta de tafetan negro, con capuchon y guarnicion estampada y puntilla de guipure.

— Un pañuelo Emperatriz de tafetan gris adornado con dos volantes de Chantilly separados por un rizado de crespon gris cortados con el sacabocados. Un fichu de encaje adorna lo alto del pañuelo y cae á la altura del primer volante.

— Una manteleta *Magicienne* compuesta de guipure escocesa con franja y volantes de Chantilly.

— Otra id. de tafetan blanco, muy vaporosa, bordada de felpilla blanca y de perlititas blancas, de una delicadeza exquisita de trabajo. Lleva cinco pequeños volantes guarnecidos de flecos.

Basta de manteletas. — ¿No es verdad que todos estos modelos son bien elegantes y bien parisienses?

Ahora hablaré de ropa blanca, encajes, sederías y telas de fantasía, en fin de todo lo que constituye la elegancia de la mujer.

Los encajes de la casa Delisle bastarian para darla fama, pues son paisajes, acuarelas, pinturas de género, mas bien que encajes. Júzguese si no por los siguientes:

— Un vestido de novia compuesto de tres volantes de Alençon, representando coronas de laureles y de rosas, rodeadas de una segunda guirnalda florida; la guarnicion para el cuerpo y las mangas es una miniatura. Este vestido vale 22,000 francos.

— Otro id. id. de aplicacion de Inglaterra mezcla de punto y de gasa con tres altos volantes que cubren toda la falda. Los motivos de cada volante son preciosos. Consisten en festones de guirnalda de rosas y de margaritas, que resaltan entre un sembrado de claveles y rosas sueltas. Es un vestido completo, con todos los accesorios, hasta el pañuelo, y vale 4,000 francos. La casa Delisle ha hecho fabricar para este traje de novia un velo de aplicacion muy elegante.

— Un vestido de aplicacion de Bruselas ilustrado con tulipanes y rosas sueltas. Completo vale 2,500 francos.

— Una esclavina Luis XV de encaje de Chantilly con capuchon. El gran volante que continúa la esclavina puede servir como falda de encaje para prendido de baile.

— Un vestido de Chantilly con dos volantes representando un río de encaje que serpentea en medio de yerbas y de plantas marinas que parecen mirarse en el agua.

— Un fichu Lamballe de encaje de Chantilly ó de aplicacion ilustrado con florecillas sembradas en el fondo con capuchon fruncido guarnecido de encaje.

— Un adorno de punto de Alençon, compuesto de cuello y mangas. El cuello lleva imperiales de encaje formando conchas sobre un transparente de cinta malva. Las mangas abiertas y cuadradas se componen de afollados de tul separados por cintas de color de malva, y rematan en rizados de tul con un segundo volante de punto de Alençon, recogido con un lazo de cintas menudas.

Este mismo adorno se hace de punto de gasa, de aplicacion de Bruselas y de Inglaterra, de Valenciennes y de punto de Venecia.

En cuanto á vestidos de fantasía, los hay de gasa de Chamberly, de granadina de seda y de lana, de granadina con volantes á 24 francos el vestido, de una baratura exclusiva y muy ventajosa para traje de campo.

Indicaré algunos vestidos de seda.

— Un vestido *crocheté* de doble falda. Este género es nuevo. Se compone de una primera falda con bandas alternas gris moda y bandas de cuadrillos gris moda sobre fondo blanco, en tanto que la segunda falda es simplemente de cuadrillos menudos.

— Vestidos Pompadour á la pieza sembrados de botoncitos de rosas estampadas.

— Vestidos á la pieza de cuadrillos escoceses, de cuadros de tamaño regular, mas chicos ó mas grandes, de colores malva, verde, castaña, azul, etc., separados por cintas Pompadour que describen los cuadros.

— Vestidos de mil rayas fondo blanco y negro, ilustrados de anchas cintas y de medallones escoceses que se repiten en todos los paños del vestido.

— Telas escocesas de tablero de damas azul y blanco de un tono muy puro y suave.

— Tafetanes y muarés Pompadour con mil estampados diferentes, ya de florecillas color de castaña, ya de ramilletes Pompadour.

— Un vestido de doble falda con cuadros color sobre color.

— Vestidos de tafetan de bandas rayadas y cintas de cuadrillos colores blanco y verde separados por un filete negro.

— Cofies de seda rayados violeta y blanco y de todos colores.

— Vestidos á la pieza representando telas escocesas de anchos cuadros y de florecillas de botones de rosa sobre fondo blanco.

— Un vestido fondo maiz aterciopelado de oro con tres volantes compuestos de bandas alternas maiz y blancas, con ramitas de coral entre plantas marinas, un trabajo de encaje.

En mi próxima Revista hablaré de las formas nuevas inventadas para los cuerpos y las mangas, así como tambien de los adornos. La cinta se usa mucho, ya rizada, ya cortada, ya fruncida, ó en lazos de púptas flotantes. Es el adorno mas bonito que puede darse.

Ahora diré dos palabras acerca de los sombreros de primavera. Casi todos ellos tienen cintas dobles y aun triples. Los adornos de encaje, de tul negro y de tul blanco bordado con puntilla de encaje y de blonda, pasan bajo las cintas y caen en medio del pecho prendidos con un ramo de flores. Hay otro adorno tambien: un lazo corbata sin puntas con anchas cintas orladas de encaje, prendidas mas abajo del lazo con un pompon de violetas, de rosas ó de flores adecuadas al adorno del sombrero.

Hé aquí algunos sombreros de esta clase:

— Un sombrero de paja de arroz, cubierto enteramente con un velito de encaje negro, prendido en torno del casco con un rizado de encaje. La guarnicion de detrás de terciopelo punzó lleva un orlito de un ancho sesgo de crespon blanco. Al lado lleva una pluma punzó. En el interior lazo de terciopelo punzó, y en lo alto una plumita negra; cintas punzó.

— Un sombrero de crespon malva con casco de encaje negro y adorno de blonda blanca que vuelve en punta en el interior, y cubre un lazo de tafetan malva que pasa en el encaje negro y se adelanta sobre la frente. El mismo lazo se repite sobre las bridas de blonda blanca.

— Un sombrero de paja de arroz, con fichu de tafetan negro, orlado de guipure plegada en torno del casco y cae en dos conchas de tafetan negro sobre una guarnicion de detrás de tafetan cereza. En el interior lazo cereza colocado en medio de un rizado de encaje negro; cintas de tafetan cereza.

— Un sombrero de crespon lila Emperatriz con adorno de encaje negro, que cae sobre el ala. Por un lado ramillete de violetas. En medio del ala por dentro pompon de violetas en el encaje negro. Cintas de color de lila con segundos adornos de encaje negro sostenidos por un ramillete de violetas.

— Un sombrero de crespon blanco con velo rizado de tul formando musgo sobre el borde del ala y sobre la guarnicion de detrás. Ese velo está sostenido al lado por un ramillete de margaritas y yerba verde, y cae bajo un pequeño lazo corbata de tafetan blanco con adorno de margaritas.

— Un sombrero de mañana de paja belga muy fina, con lazo de terciopelo verde, colocado al borde del ala y con puntas caídas y bordadas de azabache. Guarnicion de detrás de tafetan verde; cintas de igual color.

Terminaré con la descripción de varios trajes de niños que se ven representados en nuestro figurín. Preciso es no olvidar á los pequeñuelos, y que las jóvenes madres sepan como los han de vestir elegantemente.

1º — Niño de seis años. — Jaqueta de paño gris con bolsillos al lado, mangas con vueltas y adorno de rica pasamanería. Una hilera de gruesos botones cierra toda la prenda. Pantalón gris. Cuello vuelto con corbata verde. Mangas interiores de jaconas y puñitos cerrados con un doble boton. Botitas de charol. Fieltro color de castaña, de forma redonda y abarquillado.

2º — Niño de siete años. — Chaquetilla de cachemira azul cerrada con una banda de terciopelo azul ilustrada con alamares. Pantalón gris claro. Zapatos de charol y botines grises. Cuello vuelto. Mangas interiores con puños cerrados con botones.

3º — Niño de cinco años. — Chaquetilla de terciopelo negro abierta sobre los lados y ricamente bordada de pasamanería. Mangas abiertas bajo el codo, que dejan pasar una manga blanca. Cuello vuelto. Faldeta de tafetan rayado de bandas color de grosella y grises. Pantalón bordado, zapato de charol y largos botines.

4º — Niña de seis años. — Vestido de popelina de cuadrillos verdes y negros. Cuerpo de faldetas largas, que bajan hasta mitad de la falda y rematan en un fleco de borlas. Cuello de batista con guipure. Mangas interiores blancas. Pantalones con guarnicion acanalada. Medias de hilo de Escocia. Botitas grises. Sombrero de castor blanco adornado con una larga pluma que da vuelta al sombrero y se prende al lado en un grueso pompon rizado.

5º — Niña de diez años. — Vestido de tafetan color de lila Emperatriz de doble falda. La segunda falda está guarnecida á los lados con quillas de tafetan escocés blanco y lila. Cuerpo subido, con fichu de tafetan escocés con fleco. Cuello y mangas interiores de muselina. Botitas de color de lila; redécilla en la cabeza.

6º — Niño de diez años. — Pantalón y chaquetilla de paño azul; su forma es del estilo marinero, y va adornado con botones de metal. Botitas de charol. Gorrita de terciopelo azul con galon de oro.

7º — Niña de ocho años. — Vestido de tafetan color de castaña, con quillas de terciopelo negro á los lados. Cuerpo con igual adorno. Cuello y mangas interiores de muselina bordada. Manta de tafetan negro con capuchon adornada con un rizado. Sombrero de tafetan azul celeste con fondo de cuadrillos de terciopelo negro.

8º — Niño de dos años. — Vestido de jaconas espléndidamente adornado con un rico tablero de bandas de bordado y de bandas plegadas. Cuerpo con solapas de bordado y bandas de pliegues. Mangas cortas. Chal de tafetan azul celeste anudado sobre el lado y cayendo en dos puntas con franja. Botitas azules. Sombrero de tafetan blanco. Papalina de Valenciennes con rizados de raso blanco y pompon azul. Albornoz rayado azul y blanco, con capuchon y borlas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

LA PRIMA DEL CORREO DE ULTRAMAR EN 1858.

EL CONDE DE MONTE-CRISTO

NOVELA DE M. ALEJANDRO DUMAS.

La administracion del *Correo de Ultramar* puede envanecerse legitimamente de que hay pocas empresas periodísticas en el mundo que hayan consagrado al deseo de agradar á sus favorecedores una atencion mas constante, poniendo en planta, dentro del limite de sus publicaciones, un número mayor de mejoras útiles y positivas. No hay mas que examinar la coleccion ya voluminosa de esta *Parte ilustrada*, para convencerse de que nada se ha omitido de cuanto podia contribuir

á darla el atractivo y variado interés que corresponde á una publicacion de proporciones tan vastas. No necesitamos insistir sobre este punto; escribimos para nuestros suscritores, y ellos saben muy bien que sin vanas promesas, sin ofrecimientos ilusorios, hemos ido realizando mejoras en este periódico que han consolidado su reputacion y han llegado á darle una importancia bien reconocida en todos los países á que está destinado.

Pero no le bastaba á la empresa este realce sucesivo que ha venido dando á una obra que mira con un celo especial, sino que agradecida al favor con que en América ha visto correspondidos sus desvelos, quiso tambien demostrar, mediante un esfuerzo extraordinario, que no la arredraba sacrificio ninguno cuando se trata de agradar á sus suscritores. Bajo este concepto, regaló en el año de 1857 una primera edicion de *la Condesa de Charny*, de Alejandro Dumas, edicion elegante



Vista de la isla de Monte Cristo, tomada por el Sur.

y de lujo, recibida con un aplauso tal, que á pesar de los cuantiosos desembolsos que ocasionó, ha impulsado á la empresa á repetir en 1858 un sacrificio que aun por una vez no mas puede considerarse como una cosa enorme. La obra elegida este año es el *Conde de Monte-Cristo*, del mismo autor, que forma dos gruesos volúmenes de mas de 1,000 páginas de texto con 480 láminas, de ellas 114 tiradas aparte. Será la edicion mas lujosa que se ha hecho hasta hoy de esta interesante novela de M. Alejandro Dumas.

Todo elogio sobre el mérito literario de esta produccion nos parece inútil; primero porque su fama ha corrido ya por todo el mundo, y despues porque á la hora en que se leen estas líneas el libro estará ya en poder de nuestros suscritores. — Nos contentaremos pues con

dos palabras de explicacion acerca de los dibujos que se ven en esta página.

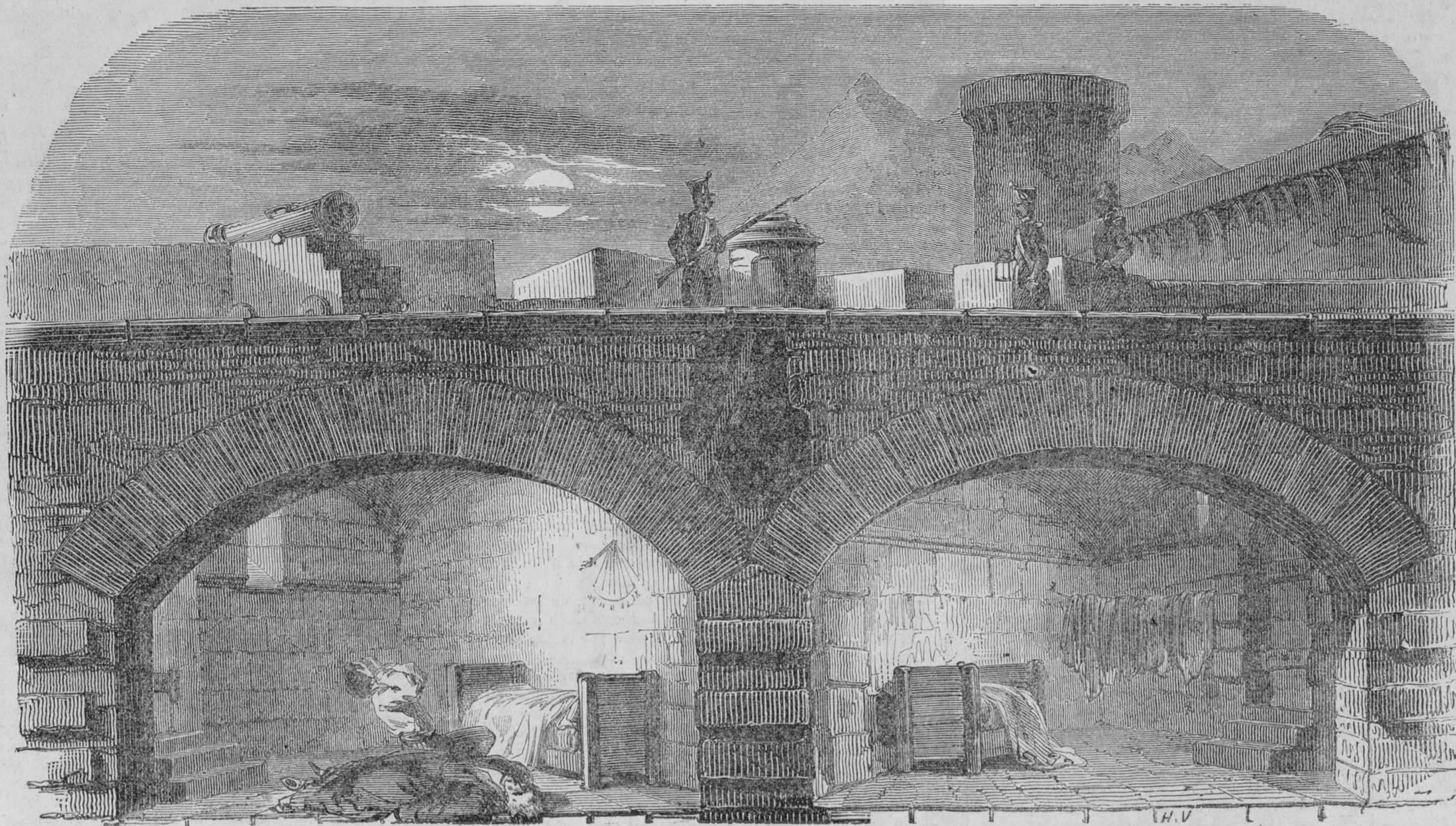
El uno es una vista de la isla verdadera de *Monte-Cristo*, copiada de un cuadro pintado del natural por M. Morel Fatio. Situado al Sur de la isla de Elba entre los Formicine y Giuglio, este peñon insular no detiene jamás al navegante del Mediterráneo y no parece digno del brillo que la novela de Alejandro Dumas ha venido á darle. Es un rincon de tierra inhabitado y casi inhabitado, donde no se ven mas que guijarros y zarzas. M. Dumas no podia elegir un lugar mas propicio para ocultar los escudos romanos del cardenal Spada, y el descubrimiento y recozida de los tesoros no es una de las menores hazañas de Dantes.

El último dibujo representa una de las escenas capi-

tales del drama: estamos en el calabozo del abate Faria y asistimos á su muerte; Dantes le asiste en sus últimos momentos.

«Hijo mio, exclamaba el anciano en la agonía, acordaos bien de lo que os digo en este instante supremo, el tesoro de los Spada existe, Dios permite que ya no haya para mí ni distancia, ni obstáculo. Yo le veo, en el fondo de la segunda gruta, mis ojos atraviesan las profundidades de la tierra y se deslumbran al ver tantas riquezas... Si lograis escaparos, acordaos de que el pobre abate á quien todo el mundo creia loco, no lo estaba. Corred á Monte Cristo, aprovechaos de vuestra fortuna, aprovechaos de ella, que bien lo mereceis.»

Y unos segundos despues de estas palabras el anciano exhalaba el último suspiro.



Monte-Cristo, novela de Alejandro Dumas. — Muerte del abate Faria.